1. Fundamentos y comienzos de la historia bizantina: La época de Justiniano y Heraclio (518-717)

POR FRANZ MOLLER

Mientras se desencadenaba una fuerte tormenta sobre el Cuerno de Oro, moría, en la noche del 10 de julio del año 518 en Constantinopla, el emperador Anastasio, de casi ochenta años de edad. El Imperio, que había superado con éxito los peligros de la invasión de los bárbaros, parecía estar al borde de la desintegración; las provincias orientales, tras una serie de guerras civiles y religiosas, se encontraban en abierta revolución contra el poder central. El comandante de la guardia imperial, de sesenta y siete años de edad, aprovechó estos momentos de confusión para organizar su elección como emperador. Ni entonces ni más tarde resultó un acontecimiento insólito la usurpación del trono por jefes de tropa decididos. Pero el breve reinado del enérgico y capacitado organizador Justino I (518-527) hizo época. Creó para su sucesor Justiniano una base de poder y un área de comercio, iniciando con ello la primer gran época de la historia bizantina.

I. *Los dos aspectos de la época: Tradiciones tardorromanas y comienzos bizantinos*

Ni la época ni la obra de Justiniano pueden ser comprendidas sin la base tardorromana. La confirmada supremacía que el Imperio bizantino tenía sobre el Mediterráneo en el siglo VI procedía, a pesar de los continuos conflictos en sus fronteras, y al igual que las formas políticas y sociales de la sociedad bizantina primitiva, del desarrollo histórico de los siglos IV y V[1]. El mundo de Justiniano se caracterizó por su éxito y su fracaso ante el problema de la invasión de los bárbaros. La irrupción de los pueblos germanos cambió la estructura política de todo el espacio comprendido entre Escocia, el Danubio y el Sahara. En lugar del Imperio unitario surgió un sistema policéntrico: los estados sucesores germanos en el suelo del Imperio occidental, y el Imperio bizantino en Oriente.

Las causas de la decadencia del Imperio romano en Occidente son complejas y debatidas. La mayor fuerza de resistencia de las provincias orientales estaba basada, aunque no totalmente, en su superior estructura económica y demográfica (*cf. supra,* pp. 7, 8, 19 y 20; *Historia Universal Siglo XXI,* vol. 9, pp. 146 ss.). Esto capacitó a Bizancio, incluso en las más críticas situaciones de su política exterior, gracias a una burocracia y una administración financiera eficaces para asegurar los impuestos necesarios, y con ello mantener un ejército bien pertrechado. Además, en Oriente, la estructura estatal se había visto menos dañada por los intereses políticos y económicos de la nobleza terrateniente que en Occidente, donde este elemento de debilidad en la política interior influyó decisivamente en su decadencia. En Bizancio el poder central logró, gracias a una situación en política exterior y financiera más favorable, mantener la unidad nacional y la estabilidad política frente a tendencias centrífugas similares.

El Imperio romano de Oriente superó la crisis exterior del siglo V sin sufrir una conmoción duradera; sin embargo, el conflicto provocado por el cisma monofisita en las ricas provincias asiáticas, encerraba el peligro de una desintegración interna así como de una orientalización del Imperio bizantino. Con la separación entre Occidente y Oriente en el área mediterránea comenzaron a dibujarse, a partir del siglo V, los contornos de un nuevo panorama espiritual; en Egipto y Siria especialmente nació una conciencia cultural de fundamental influencia en la evolución de la religión y el arte. Durante el gobierno de Anastasio (491-518) la unidad del Imperio se vio amenazada temporalmente. La subida al poder de Justino I, que con una serie de medidas políticas de consolidación inició una evolución político-eclesiástica hacia la ortodoxia, también provocó un cambio.

Bizancio era en el siglo VI el único sucesor del Imperio romano frente a los estados germanos tanto política como militarmente, así como la fuerza económica dominante en el Mediterráneo. De nuevo un emperador gobernaba en el mundo cristiano, si bien las provincias orientales, en proceso de disolución, se habían sustraído de momento a su control. Las instituciones políticas, las estructuras sociales, las formas económicas y la cultura material de la época tardorromana se conservaron casi idénticas. La autoridad imperial central estaba de nuevo asegurada, el aparato administrativo funcionaba, el ejército estaba capacitado para defender las fronteras. Al contrario que en Occidente, Bizancio experimentó también una nueva prosperidad económica; la vida ciudadana y el comercio con el extranjero siguieron desarrollándose, la moneda permaneció estable.

Pero si bien es cierto que la tradición imperial tardorromana caracterizó el horizonte vital del Imperio bizantino primitivo y que Justiniano concibió su política como una *renovatio* del antiguo Imperio unificado, entender esta época como un apogeo definitivo del Imperio romano cristiano responde a una pers-

pectiva histórica parcial. Junto a un tradicionalismo oficial, también caracterizan a esta época una serie de elementos de transición y de cambio, pues posee dos aspectos, dos perspectivas posibles: como parte integrante dentro del proceso general de transformación acontecido en el mundo mediterráneo y al mismo tiempo como primera fase de la consolidación del Imperio bizantino en tanto que unidad histórica independiente. Naturalmente, el Estado de Justiniano era en muchos aspectos una solución provisional, *una* etapa en un proceso más general de transformación que culminaría en los siglos VII y VIII. Pero su *renovatio Imperii* sirvió de base para una forma transformada de imperio y soberanía imperial, iniciando con ello la historia bizantina en sentido estricto.

II. *Constantinopla: centro del mundo y espejo del Imperio*

El esplendor de la capital reflejaba el poder, la riqueza y el nivel cultural del Imperio bizantino. Atraía con magnetismo a la población de las provincias y de los países extranjeros. Allí residía el emperador en su calidad de representante de Dios sobre la tierra, y el patriarca en su calidad de cabeza de la cristiandad ortodoxa. Por sí solo esto le confería a Constantinopla una posición única; añádase a ello el gran potencial económico que se reunía en esta capital, tanto del Imperio como del comercio internacional. La fuerza de atracción de la ciudad para el mundo circundante era casi excesiva: durante siglos Constantinopla no sólo fue una encrucijada de las culturas, sino también una fortaleza continuamente asediada.

La estrecha relación entre la tierra y el mar, tanto en sus recursos militares y económicos como en el aspecto estético, constituyó siempre un rasgo característico de Constantinopla: «El mar corona la ciudad» [2]. La cúpula de Santa Sofía dominaba la silueta de la ciudad; desde el Bósforo se veía el gigantesco recinto del palacio imperial, con las cúpulas doradas de las iglesias reluciendo entre los jardines. Ante el palacio se encontraba el Augústeo, una amplia plaza flanqueada por Santa Sofía y el Hipódromo. Junto a la piedra miliaria, a partir de la cual se medían todas las distancias dentro del Imperio, destacaba la colosal estatua ecuestre de Constantino; amplias calles bordeadas por columnatas descendían hacia el Cuerno de Oro. Toda la ciudad, que junto con las estrechas callejuelas orientales del barrio comercial y de las partes más pobres, incluía zonas de villas y grandes parques, estaba rodeada por una línea de fortificaciones de 9 kilómetros de longitud.

Cuerno de Oro: Estuario que divide a la ciudad de Estambul, Turquía.
Antioquía: Ciudad sobre el Mediterráneo, al sur de Turquía, frente a la moderna Siria.

La distribución y configuración arquitectónica de la capital, con sus diferentes zonas y centros de gravedad, ofrecían una perfecta imagen de la sociedad bizantina. Constantinopla, como centro político y administrativo, económico y religioso, literario y artístico, era, con toda la vida propia de una gran ciudad, una especie de microcosmos del Imperio [3]. El sistema de defensa construido bajo Teodosio (408-450), triplemente escalonado, de murallas terrestres y marítimas, estaba considerado como la mejor obra de la época desde el punto de vista técnico-militar. En este sistema se materializaba el papel de la ciudad como último reducto de resistencia del Estado; las inscripciones sobre las puertas de la ciudad («Cristo nuestro Dios, rompe triunfante la fuerza de los enemigos») demostraban la creencia en una protección divina especial. La inexpugnabilidad de la capital significaba para los súbditos un símbolo vivo del destino eterno del Imperio.

El gran palacio de los emperadores bizantinos en el Bósforo era una verdadera ciudad dentro de la gran ciudad; la suntuosidad de sus edificios y jardines ejercía un fascinante efecto. En los actos oficiales, con su minucioso ceremonial, se representaba plásticamente el poder del emperador, más allá de la inmortalidad. En las recepciones se procuraba impresionar especialmente a los príncipes extranjeros o a sus enviados valiéndose de sorpresas acústicas y mecánicas ingeniosamente diseñadas (por ejemplo, pavos reales adornados de joyas que batían las alas).

Al mismo tiempo, Constantinopla era la sede del patriarca ortodoxo más poderoso, a pesar de la competencia con Alejandría y Antioquía. En la ciudad y sus alrededores se encontraban numerosas iglesias y monasterios, cuyos moradores desempeñaron a menudo un importante papel en los disturbios urbanos. Santa Sofía era el símbolo de Constantinopla como centro religioso del Imperio. La «Gran Iglesia» era una de las maravillas del cristianismo. Numerosas descripciones que datan desde el siglo VI hasta el XIV testimonian la profunda impresión, no del todo comprensible desde el punto de vista racional, que producía en los creyentes: «El espíritu humano no puede decir nada sobre la Iglesia de la Santa Sabiduría ni tampoco puede hacer una descripción de ella» [4].

Pero Constantinopla era también, eclipsando otros centros urbanos del Imperio —como Alejandría, Antioquía, Salónica, Efeso o Trebisonda—, el centro de gravedad del comercio internacional, y, durante una serie de siglos, la ciudad más rica de la Cristiandad. Como centro comercial, su localización en el cruce de importantes rutas comerciales ofrecía un gran número de ventajas: un puerto extraordinariamente seguro y bien cons-

truido, con varaderos y almacenes; mercados de consumo, explotados por grandes bazares, para la gran población urbana y sus numerosos talleres; oficinas de armadores, mayoristas y bancos.

El cuarto centro vital de Constantinopla era su Hipódromo, con una capacidad para más de 40.000 espectadores. Las condiciones de vida de la clase inferior urbana eran vejatorias, y ni los asilos y hospitales religiosos, ni la donación oficial de pan lograron paliar tal situación. Las viviendas eran a menudo construcciones primitivas de ladrillo, las calles estrechas, oscuras y llenas de basura. No eran insólitos los incendios y las epidemias. Las luchas de animales, carreras de carros, juegos de acrobacia y comedias en el Hipódromo constituían para estos sectores de la población algo así como una necesidad vital, y, junto con las cuestiones religiosas, el Hipódromo se convirtió en un centro de enorme interés. Esta masa de carácter irritable, difícilmente controlable y cautelosamente tratada por los emperadores dado el peligroso papel que podía llegar a desempeñar en épocas de crisis, estaba organizada en dos partidos circenses: los Azules y los Verdes, idénticos a los *demos* urbanos (que también servían temporalmente como milicia ciudadana). Estas curiosas y primitivas reliquias de libertad ciudadana y anarquía griega en el seno de un estado absolutista no sólo aglutinaban a los apasionados partidarios de una determinada cuadra o de celebridades del deporte, sino que al mismo tiempo eran organizaciones de cierta influencia política y eclesiástica. Los Azules eran tradicionalmente ortodoxos; los Verdes, monofisitas. La actitud de protesta y la moda también corrían parejas en estos grupos. «Han adoptado una nueva y extraña manera de llevar el pelo, totalmente distinta a la del resto de la gente. El bigote y la perilla no llegan a rozarse, pero dejan que les crezca lo máximo posible... Desean que el cabello les cuelgue por detrás muy largo y de forma absurda, como los hunos... Los puños de sus camisas se ciñen a los huesos, pero desde allí se ensanchan hacia la espalda de un modo francamente grotesco.» [5]

La masa de la población urbana estaba compuesta por pequeños artesanos y comerciantes, jornaleros, sirvientes, esclavos, mendigos, prostitutas y soldados. La clase media estaba formada por funcionarios de la administración, médicos y profesores de Universidad, terratenientes acomodados, propietarios de talleres y a menudo comerciantes, armadores y banqueros que disfrutaban de un lujo oculto. La brillante fachada de la sociedad bizantina estaba representada por la nobleza cortesana y de sangre. Sus palacios urbanos y sus residencias veraniegas rivalizaban en fastuosidad —pavimentos de mármol, mosaicos, pinturas mura-

les, marquetería— con los palacios imperiales; vestimenta, joyas y carros participaban de un lujo similar. No es casual el hecho de que la artesanía altamente desarrollada llegase a convertirse en una rama especialmente típica dentro del arte bizantino. Las grandes avenidas, donde comercios sumamente caros ofrecían artículos de moda de todo el mundo, constituían la más clara imagen de lo cerca que siempre convivieron la riqueza y la más tremenda pobreza.

Pero a pesar de este estilo de vida orientado hacia una competencia en los signos externos de riqueza, la clase dirigente ciudadana no cerró los ojos a las pretensiones espirituales. Estaba íntimamente vinculada a la élite intelectual y profundamente convencida de la necesidad de una formación universal y literaria. Este hecho tuvo repercusiones tanto en la vida de la sociedad como en la actividad de la Universidad de Constantinopla, cuyas escuelas filosóficas y científicas poseían una categoría tradicional y atraían a estudiantes de todo el Imperio.

III. *Justiniano y su época: el papel del soberano*

Los méritos de Justiniano son innegables. La soberanía del Imperio se extendió de nuevo hasta España, el *Corpus Iuris* creó los fundamentos de la evolución del Derecho europeo, Santa Sofía constituyó el primer punto culminante del arte bizantino. La condición previa de semejantes éxitos fue en primer lugar el cese de la invasión de los bárbaros; añádase a esto la consolidación económica en la mitad oriental del Imperio y la escasa estabilidad interna de los estados germanos. Por otra parte, parece seguro que Justiniano no hubiera cosechado semejantes éxitos de no haber contado con unos colaboradores extraordinariamente capacitados: el destacado caudillo militar Belisario, el experto militar y diplomático Narses, el enérgico prefecto pretoriano Juan de Capadocia y el gran jurista Triboniano. Sin embargo, el consejero más influyente fue la emperatriz Teodora. El historiador Procopio ha descrito con placentera malicia en su «Historia Secreta» el relato de la dudosa vida de esta antigua cortesana, sus intrigas y favoritismos y su sospechosa política religiosa monofisita. Pero aun así dio muestras de una agudeza política y un carácter resuelto del que carecía a veces el propio Emperador en momentos de crisis. Ella fue quien salvó el reinado de Justiniano en el momento álgido de la revuelta de Nika: «La huida resulta imposible, incluso aunque nos llevara a lugar seguro. Quien nace en este mundo ha de morir; pero un soberano no puede ir al exilio» [6].

NIKA: DISTRITO DE LA PROVINCIA DE PARTIKA, EN ARGANISTAN.

Pero todo esto en modo alguno disminuye el mérito de Justiniano. Quizá él sea el ejemplo más significativo de aquella movilidad social que en el Imperio bizantino hacía posible que un hombre de origen social humilde alcanzara el más alto cargo. Al igual que su tío Justino, Justiniano era hijo de un simple campesino macedonio, si bien había recibido una excelente formación en teología y ciencias profanas, política y diplomacia. A sus extraordinarias dotes intelectuales se unía una capacidad inagotable de trabajo, unas ideas muy claras y un magistral conocimiento de los complejos asuntos del Imperio. Naturalmente, el afán de intervenir personalmente en los más íntimos detalles —planificación de expediciones militares, planos de construcción de las fortificaciones africanas, programas de juegos festivos, establecimiento de días de ayunos— evidenciaban al mismo tiempo la obsesión y la debilidad del Emperador. Sus esfuerzos no iban encaminados tan sólo a conseguir una administración eficaz e invulnerable, sino también a mejorar la situación jurídica y social de sus súbditos, aunque Procopio lo interpretó más tarde como una irreprimible manía de renovación, destructiva del orden existente.

Pero aún más que su ascetismo, su conciencia del deber y su preocupación social, al «Emperador sin sueño», apartado en su palacio del mundo y de sus súbditos por una rigurosa etiqueta, le caracterizaba una energía única, una voluntad soberana. Justiniano fue el mayor autócrata del trono bizantino y siguió sus ideas políticas con una fuerza apasionada. Esta fusión de cualidades esenciales, voluntad inquebrantable encaminada siempre hacia un gran objetivo, frío distanciamiento hacia sus congéneres e incapacidad de despertar entusiasmo o simpatía, le hace comparable tan sólo a Carlos V.

El credo político de Justiniano no se basaba exclusivamente en un concepto exagerado del carácter ilimitado del poder imperial, tal y como lo impuso totalmente en el Estado e incluso, parcialmente, en la Iglesia; la verdadera fuerza motriz de su actuación procedía de una idea política conservadora: la visión de la *renovatio imperii,* la restauración del Imperio ortodoxo que abarcaría todo el mundo mediterráneo y conservaría las formas tradicionales del poder, la fe y la cultura. De aquí surgirían los distintos objetivos de su política: reconquista de los antiguos límites del Imperio y restauración de la unidad religiosa en la Cristiandad; reorganización de la administración y la jurisdicción; recuperación financiera mediante una política económica enérgica; política de edificaciones grandiosas que documentara de forma ostensible la restauración del antiguo orden.

ARRIANISMO: SOSTIENEN QUE JESÚS NO ERA DIOS O PARTE DE ÉL, SINO SU CREA-
TURA. SE NIEGA EL CARÁCTER DE JESÚS COMO CRISTO Y SE LO REDUCE A UNA
VOCACIÓN DE PROFETA EXTRAORDINARIO

Precisamente las peligrosas consecuencias de semejante política ponían de manifiesto la influencia, viva durante mucho tiempo, del pensamiento político universal romano. El principio básico fundamentado en el derecho político de un único imperio legítimo era tan natural e indiscutible para Bizancio y sus emperadores como el concepto de una única Iglesia cristiana. A la idea de la universalidad del poder imperial se unían, más allá de las fronteras del Estado bizantino, la lealtad y las esperanzas políticas de antiguas provincias; incluso los soberanos germanos reconocían al emperador como fuente suprema de todo poder legítimo. Evidentemente su concepto de supremacía imperial se diferenciaba del de Justiniano en un punto esencial: al transformarse en la mente de Justiniano una aspiración fundamentalmente titular en una aspiración política real de recuperar las partes occidentales del Imperio, se produjo necesariamente el conflicto. Por otra parte, Justiniano veía un doble compromiso en la reintegración de estas provincias. Si el Imperio romano era al mismo tiempo la cuna de la cristiandad ortodoxa, era obligación del emperador liberar a sus súbditos latinos del poder de los herejes arrianos. En la idea que tenía Justiniano de la renovación del Imperio romano cristiano se fundían estrechamente la fe y la política: «Por el poder de Dios gobernamos el imperio que la majestad celestial nos confió, guerreamos con éxito, aseguramos la paz y restauramos la estructura del estado. Al mismo tiempo, mediante la contemplación, nuestro espíritu pide de tal forma la ayuda de Dios todopoderoso que no ponemos nuestra confianza en nuestras armas, en nuestros soldados, en nuestros oficiales ni en nuestras propias facultades, sino que basamos todas nuestras esperanzas tan sólo en la protección previsora de la Santísima Trinidad, de la que parten todos los elementos del universo y de la que deriva su orden en todo el orbe»[7].

IV. *Tradición y reforma de la sociedad en el siglo VI*

Para Justiniano la *renovatio imperii* no se limitaba a la política exterior. Tras la brillante fachada del arte y la vida en la capital y en los grandes centros provinciales se escondían numerosos problemas internos, de orden económico-social. El descontento hacia la rigidez autocrática del gobierno y el consiguiente desorden social se habían manifestado ya en el año 532 en la insurrección de los partidos circenses de Nika, que en los años de anarquía, bajo Anastasio, habían escapado totalmente al control de la policía. Las prudentes, aunque enérgicas, me-

didas de Justiniano no lograron evitar una revuelta conjunta de los Azules y los Verdes, que pudo ser sofocada con derramamiento de sangre tan sólo unos días después. Esta prueba de fuerza entre el Emperador y la población de la capital constituyó por otra parte el único conflicto importante de este tipo acontecido durante el reinado de Justiniano.

La política interior de Justiniano apuntaba principalmente hacia tres objetivos: reforma de la administración, que debería funcionar tan justa, eficaz y frustuosamente como fuera posible; fortalecimiento de la economía mediante la apertura de nuevas rutas comerciales y el apoyo a importantes ramas comerciales y, finalmente, recuperación de la unidad religiosa de la Iglesia dividida por la lucha monofisita. Pero los verdaderos motivos de esta política en modo alguno podrán hallarse en la conmoción producida por la rebelión de Nika o en los preparativos de vastas empresas militares en Occidente. Justiniano poseía, como se ha podido establecer a partir de numerosas observaciones y juicios sobre sus leyes y disposiciones, una información muy clara sobre las deficiencias y los conflictos que se daban cita tanto en el campo administrativo como en el social y económico. Interpretar su punto de vista significaría redactar un informe completo sobre la situación del país, un tributo a la eficacia de sus sistemas de control en el que el «gobierno de las sombras» de la Corte desempeñaba un papel esencial con sus numerosos canales oficiosos de información. Semejantes conocimientos afianzaban aún más en Justiniano la idea de que el Emperador tenía también que cumplir como reformador interno, en bien del Estado y de sus súbditos, una misión, una tarea encomendada por Dios. Aunque apreciaba perfectamente los síntomas y buscaba soluciones, nunca puso en tela de juicio el sistema en su totalidad. Es cierto que sus intentos de reforma tropezaron no sólo con situaciones tradicionales, sino también con problemas nuevos, a los que por supuesto no estaba habituado. Pero su idea motriz siguió siendo la renovación del Imperio romano cristiano absolutista, si bien es cierto que mantuvo siempre ante las necesidades inminentes, y a pesar de su postura conscientemente conservadora, un admirable espíritu de innovación. Sus decretos evidenciaban por un lado una sorprendente y detallada información, por otro una insospechada flexibilidad: «Las leyes son para la vida lo que la medicina para la enfermedad. De aquí que a menudo produzcan el resultado justamente contrario al deseado, y por ello derogamos las nueve *novellae*»[8]. Esto plantea especialmente el problema de la continuidad y el cambio en el Imperio bizantino.

JUSTINIANO: EMPERADOR DESDE 527 HASTA 565.

Como sistema político, el Imperio bizantino primitivo mantuvo la estructura de una monarquía absoluta, como lo fue el Dominado después de la crisis del Imperio en el siglo III. Justiniano interpretó el concepto tardorromano de poder imperial absoluto en su significado más extremo: «¿Qué hay mayor, más sagrado, que la majestad imperial? ¿Quién es tan arrogante como para ignorar el juicio del príncipe, si los propios legisladores han constatado clara y categóricamente que las decisiones imperiales poseen toda la fuerza de una ley?»[9]. El título, el emblema, el simbolismo político y el ceremonial palaciego propagaban y simbolizaban el origen trascendente de su poder. Elementos decisivos de la estructura del gobierno coordinados en la persona del emperador como fuente de todo poder seguían siendo la Corte, la administración civil y el ejército profesional. Otra base importante del poder estaba constituida por la fuerza económica y financiera del Imperio, que debía correr con los gastos de la burocracia, el ejército y la política exterior. Este sistema político tuvo el importante e históricamente trascendente mérito de crear, en un Estado sin unidad étnica ni lingüística, los presupuestos para la unidad cultural y religiosa. El reverso de su eficacia fue, sin embargo, su acusado paternalismo. El Estado pretendía reglamentar y controlar toda la existencia. Es cierto que garantizaba a los súbditos su supervivencia, seguridad y estabilidad, pero a costa de su libertad.

El instrumento del poder destinado a imponer la voluntad imperial hasta el último rincón de las provincias más alejadas era una administración sumamente organizada, que descansaba sobre los principios de la centralización, la separación estricta entre el poder civil y el militar, la burocracia profesional (que correspondía a la profesionalización del ejército) y el control general. Características de este aparato burocrático fueron su programada reglamentación y el escalafón estrictamente jerárquico de sus funcionarios, así como una distribución de funciones y una limitación de competencias muy detalladas. Bajo los administradores de los cuatro grandes departamentos centrales, similares a un ministerio, la administración estaba estructurada en prefecturas, diócesis y finalmente en provincias (aproximadamente 120), las cuales contaban con sus respectivas plantillas de empleados. Las atribuciones de esta administración abarcaban también la vida económica y social. Una rama sumamente importante estaba constituida por una burocracia racional financiera y tributaria, que intentaba fijar al detalle la capacidad económica y tributaria de los súbditos, abrumándoles con una avalancha de declaraciones de impuestos y presupuestos de contribución y obligándoles a entregar dichos impuestos con

medidas coercitivas en caso necesario. Justiniano opinaba que una de las principales tareas de sus funcionarios era la de «aumentar la recaudación tributaria y asumir con todo esmero la defensa de los intereses del fisco»[10]. A esta capacidad debió su carrera un personaje como el prefecto pretoriano Juan de Capadocia. La organización del fisco era extraordinariamente consecuente e influyó incluso en el sistema fiscal del mundo islámico, si bien allí produjo a menudo el efecto contrario al deseado por la excesiva carga impositiva de sus súbditos.

La desmesurada dependencia de la administración bizantina primitiva no se debía únicamente al afán funcional de todas las autoridades de amoldarse a los imperativos nacidos de las complejas tareas económico-fiscales, sino que también era parte de un sistema general de equilibrios y mecanismos de control que debía evitar la excesiva concentración de poder en manos de un individuo y asegurar al soberano absoluto el control sobre su propio aparato de poder. Bajo Justiniano el ejército siguió siendo la garantía de la autoafirmación en política exterior y un indispensable instrumento de poder en política interior. La seguridad de las fronteras del Imperio y las aspiraciones de expansión únicamente podían garantizarse mediante intensos esfuerzos y planificaciones militares. Puesto que a la situación estratégica respondía una resistencia muy tenaz, las fuerzas armadas siguieron organizadas según el principio tardorromano de guarniciones protectoras en las fronteras (*limitanei*) y un ejército de campaña que pudiese servir de reserva estratégica en distintos puntos. El ejército, formado aproximadamente por 150.000 hombres, se componía de soldados mercenarios de las más diversas nacionalidades. En sus unidades móviles de campaña luchaban, junto a la caballería armada con catafractas de los *stratiotai*, reclutados en el propio Imperio, la caballería mercenaria de los *foederati*, compuesta por hunos, vándalos, godos, longobardos, hérulos, gépidos, persas, armenios y árabes. Por regla general las tropas bizantinas estaban bien dirigidas gracias a sus capacitados generales; tanto el armamento como la organización y la táctica se ajustaban a la forma de combatir de los adversarios potenciales. Su debilidad radicaba en la falta de disciplina y en las frecuentes insurrecciones, cuyo origen estaba en las funciones de mando conscientemente limitadas y en el continuo retraso del pago de los soldados. El emperador cuidaba de su principal instrumento de poder con una mezcla de extrema economía (obligado seguramente por una situación financiera a menudo precaria) y profunda desconfianza como civil. Aquí se hacen en parte evidentes las tensiones que provocó en

este sistema político la separación entre el poder militar y el civil.

El firme objetivo de mantener, en sus rasgos fundamentales, la estructura y la organización administrativa del imperio tardorromano no impidió que Justiniano intentara alejar enérgicamente las tan evidentes imperfecciones; al menos en ciertos casos la reforma podría significar un cambio real. En principio, la intención que guió la reforma administrativa a partir del año 535 fue la de hacer menos corruptibles a los funcionarios. Uno de los vicios capitales de la administración bizantina, que Juan Lido, alto funcionario de Justiniano, describió elocuentemente, consistía en la explotación de los súbditos mediante la compra semilegal de cargos públicos. Sin embargo, la imagen ideal del funcionario de Justiniano, que debía «proteger a todos los súbditos leales contra la opresión, rechazar cualquier tentativa de soborno... y, en general, tratar a todos los súbditos como trataría un padre a sus hijos»[11], no logró imponerse a pesar de la supresión de la compra de cargos y otras medidas de distinto carácter. La segunda tentativa de reforma destinada a dar agilidad a este aparato burocrático, que en ciertos aspectos tampoco logró imponer totalmente, más parecía un freno que un apoyo al régimen absolutista. Justiniano hubo de recurrir a determinadas simplificaciones como la abolición de la autoridad intermediaria de las diócesis. Sin embargo, sólo una entre las muchas medidas tomadas revistió importancia: la fusión de la administración civil y el poder militar en manos de un pretor o exarca en regiones opuestas del Imperio, principalmente en las regiones occidentales reconquistadas. Este caso anuncia las profundas reformas del siglo VII.

Los intentos de reforma administrativa adolecían de falta de coherencia. En el fondo, y a pesar de todos los cambios parciales, buscaban únicamente hacer más funcional el sistema establecido. No estaba dentro de la mentalidad de Justiniano pensar que ciertas innovaciones profundas posiblemente hubiesen sido del interés de la nación. Sus medidas también resultaron insuficientes por el hecho de que apenas iban más allá de unas metas fiscales. El aumento de los ingresos estatales se convirtió progresivamente, a lo largo del gobierno de Justiniano, en el objetivo principal de toda su política interna. Naturalmente, conseguir dinero se había convertido en una amarga necesidad, pues la defensa y la política exterior resultaban muy costosas.

La voluntad reformista del Emperador únicamente se impuso en lo que respecta al derecho. El *Corpus Iuris Civilis*, redactado en los años 528-533, sustituyó a todas las anteriores recopilaciones del derecho romano. Una primera parte *(Codex Justi-*

nianus) contiene los edictos imperiales vigentes desde Adriano hasta 533; las disposiciones posteriores de Justiniano se denominan por ello *Novellae* (Nuevas determinaciones). La segunda parte *(Digesto* o *Pandectae)* ofrecía una selección revisada de los comentarios y determinaciones de los juristas romanos, que completaban el derecho imperial vigente. Una tercera parte *(Institutiones)* representaba una especie de manual de examen para los juristas, que ya entonces constituían el apoyo de la Administración. El *Corpus Iuris* era el espejo ideal del sistema justinianeo, característico por su constante acentuación del absolutismo imperial, y también por la imposición de ciertas concepciones cristianas, a diferencia de la tradición romana clásica en el sistema jurídico. No sólo se convirtió en la base jurídica bizantina, sino que además, mediante la transmisión del derecho romano a Occidente a partir del siglo XII, pasó a ser un elemento decisivo de la evolución jurídica europea que conformó las concepciones jurídicas y políticas de la baja Edad Media y del absolutismo.

Del mismo modo que el Estado bizantino primitivo adoptó el orden político del Dominado, su estructura económica y social también correspondía a la del Imperio tardorromano. La base del sistema económico siguió siendo, como en toda la antigüedad, la agricultura. La mayor parte de la población se componía de campesinos; la fuente principal de riqueza privada estaba constituida por las rentas de las tierras; las finanzas del estado descansaban principalmente en los impuestos sobre la producción campesina. El intercambio de mercancías dentro del Imperio posibilitó, en ciertas provincias o regiones, la existencia de monocultivos especialmente productivos: aceite de oliva en Grecia o trigo de calidad en Tracia. Si bien se insistía, en términos generales, en el trigo y la ganadería, los aperos y la jornada de trabajo del pequeño campesino —ya fuera propietario o tan sólo arrendatario de uno de los numerosos latifundios— apenas se diferenciaban de la agricultura tradicional (y moderna) mediterránea.

En Oriente, sin embargo, las formas de producción ciudadanas y la economía agraria se habían ido desarrollando continuamente (*cf. supra,* pág. 19). En el Imperio bizantino las ciudades mantuvieron una relevante función tanto en el plano económico como espiritual; la política de Justiniano favoreció su desarrollo a pesar de la carga que representaba la tributación cada vez mayor y la progresiva intromisión de la burocracia. Hasta entrado el siglo VII, las provincias orientales fueron los centros vitales y hasta la conquista árabe las crisis religiosas y políticas de la capital encontraron su expresión en las luchas de los

partidos circenses de Antioquía y Alejandría. Gracias a las instituciones ciudadanas pudo conseguirse un cierto grado de cultura material y una formación profana, ambas independientes de la Iglesia.

Sin embargo, no puede hablarse en el Imperio bizantino del siglo VI, a pesar del auge temporal que conocieron el comercio y la industria, de una economía urbana propiamente dicha. Por otro lado, el grado de urbanización en las distintas regiones del Imperio era muy diferente; en cabeza se hallaban Egipto, Siria y principalmente Asia Menor. Aquí las fuentes no nos facilitan la labor de determinar con exactitud el modo en que participaron en la producción, así como tampoco la de analizar la economía urbana con detalle. No obstante se sabe con seguridad que las empresas industriales no producían solamente artículos de lujo y que, debido a los condicionamientos geográficos, el comercio con el exterior desempeñaba un papel sin duda importante. Desde centros comerciales como Antioquía, Damasco o Alejandría partían rutas de caravanas terrestres o marítimas hacia el sur de Arabia, Etiopía, Africa oriental, India, Ceilán y China.

La estructura social venía determinada por la económica, así como por la reglamentación social y el dirigismo económico. La característica principal de la sociedad bizantina fue, en primer término, su estratificación social, perfectamente delimitada: la tensión entre los *potentes* y los *humiliores* estaba tan clara en la legislación como en la literatura. Frente a una limitada clase aristocrática y terrateniente de marcada importancia social existía una amplia clase baja empobrecida y que, al menos en el campo, vivía en condiciones evidentes de servidumbre, y entre éstas, una clase media urbana que, apoyándose en el comercio y en la artesanía, vivía frecuentemente en una situación precaria. Otra característica fundamental fue la tendencia a fortalecer los límites urbanos. El control fiscal coercitivo del Estado aprovechaba la responsabilidad económica de ciertos grupos sociales como medida contra la disminución de impuestos y contribuciones. Con este fin no sólo se regularon y controlaron exactamente las contribuciones y las prestaciones, sino que, simultáneamente, la masa de los súbditos se vio vinculada mediante leyes a su función y localidad en el sistema social; en la mayoría de los casos esta vinculación era hereditaria. La mayor parte de los campesinos quedaron vinculados a la gleba en calidad de siervos semilibres de los señores feudales *(coloni),* si bien es cierto que no desapareció totalmente la libre propiedad de algún pequeño campesino. Los industriales y comerciantes, cuyos productos eran importantes para el abastecimiento del ejército, la administración y las grandes ciudades, fueron incor-

porados por la fuerza, como miembros hereditarios, a los gremios *(collegia)*. Algo similar ocurrió con la clase superior urbana de los decuriones que respondían específicamente del total de los impuestos del distrito municipal.

Esta sujeción hereditaria a un determinado oficio y con ello a una determinada clase, que nacía de una incorporación forzosa y de una *indienstnahme* estatal, amenazaba con reducir, cada vez más, la movilidad dentro del sistema; no obstante, la reglamentación social en general nunca entró totalmente en vigor. La sociedad bizantina mantuvo, incluso en el siglo VI, un cierto grado de movilidad social entre sus clases. Miembros de capas inferiores ascendían a puestos directivos, la mayoría de las veces a través del ejército, aunque también se daban casos de ascenso a través de la administración civil. Indudablemente éstas eran tan sólo excepciones dentro de un orden que tendía hacia una sociedad de clases inmovilizada en la que ya estaba dado un orden social que básicamente no podría ser cambiado.

En esta sociedad cerrada eran inevitables los conflictos y las contradicciones internas. No se sabe hasta qué punto fueron sin embargo neutralizados por la fuerza, la adaptación psicológicosocial y los conceptos de orden vertidos en la religión. Al parecer persistieron las tensiones que una y otra vez encontraron expresión en la inquietud social latente. Por ello las reformas sociales, económicas y administrativas, la estabilización social y el aumento de las cifras tributarias eran indispensables para la feliz ejecución de los planes de Justiniano.

Los elevados gastos de la ofensiva militar en Occidente, de la defensa de las fronteras en el nordeste y en el este, de la administración y de las construcciones imperiales habían corrido durante cierto tiempo por cuenta de las reservas financieras acumuladas por Anastasio. Sin embargo, muy pronto una recaudación tributaria retrasada, un aumento de los impuestos por parte de una administración corruptible y una nueva disminución de los totales recaudados llevó al Estado a una situación de crisis económica que puso al Emperador ante el dilema insoluble que provocaba la necesidad, por un lado, de mayores exigencias tributarias, y, por otro, la protección de los contribuyentes frente a la explotación de la administración. Este círculo vicioso ponía en peligro las rentas del Estado y la prosperidad económica, al tiempo que preparaba el terreno para la agitación interna. Aquí se manifestaba por primera vez la incongruencia entre necesidad y medios que constituyó una de las constantes básicas de la sociedad bizantina (*cf. supra,* páginas 18 ss.). Si bien la estructura económica del imperio justinianeo, basada fundamentalmente en la agricultura y en determinados centros clave del comercio y la industria, respondía a las necesidades de subsistencia de la población, así como a un gasto financiero normal del Estado, en la época de Justiniano, debido a las continuas cargas militares y de política exterior, la demanda financiera siempre estaba por encima de los ingresos.

El excesivo gravamen fiscal entrañaba desde un principio el peligro de que la política social y económica quedara detenida en la red de intereses y aspiraciones contrapuestos. El impulso dado por el Estado al comercio fue más eficaz. Justiniano y sus consejeros pretendían que Bizancio controlara ampliamente sus rutas por tierra y por mar, así como aprovechar el papel de Constantinopla como emporio central para reforzar el comercio con Oriente, especialmente lucrativo. Naturalmente, también eso era un problema de política exterior. El Imperio sasánida, no sólo rival político sino también rival comercial de Bizancio, dominaba las dos vías comerciales más importantes: la ruta de las caravanas de China a través de Bujara y Persia y la ruta marítima por el Océano Indico y el Golfo de Persia. Por esta razón Bizancio intentó crear para el intenso comercio oriental una nueva ruta a través del mar Rojo y asegurarla mediante las relaciones con el Imperio abisinio de Aksum. La importación secreta de gusanos de seda desde China logró al mismo tiempo la independencia del Imperio en un producto tan esencial para el comercio internacional y posibilitó el nacimiento de una floreciente industria de la seda. El monje nestoriano Cosmas Indicopleutes describió en su *Topografía Cristiana* —curioso documento sobre la relación entre el comercio, la diplomacia y las actividades misioneras en esta época— el área de influencia del comercio oriental bizantino, apuntando lo que después han confirmado los descubrimientos arqueológicos: la moneda de oro bizantina era en esos tiempos una moneda universal.

Desde el punto de vista económico, semejante política no era acertada dado el balance comercial negativo que producía. A pesar de ello puede observarse cierto éxito de esta política de desarrollo justinianea que redundó en una actividad económica mayor de las ciudades de las provincias orientales. Pero también aquí la política tributaria se interponía finalmente en el camino hacia un posible desarrollo de la vida económica. La carga de impuestos cada vez más excesiva sobre el comercio y sobre la artesanía impidió un aumento de importancia en las rentas estatales.

Tampoco la política social logró salir del dilema entre lo socialmente razonable y lo fiscalmente necesario. Justiniano y Teodora eran un ejemplo de las posibilidades y ventajas de la movilidad social. No obstante, Justiniano siguió aferrado al orden

constitucional existente, cuyo sistema jerárquico de títulos y clases era a menudo más fácil de romper en la vida pública que en la relación social. Muchos grupos sociales siguieron vinculados a sus oficios. El principio de la vinculación corporativa hereditaria, aún más refinado, dominaba el mundo profesional y era cuidadosamente observado. No existía ni siquiera la base para una posible transformación de la situación de las clases inferiores; éstas tenían que confiar en la protección eclesiástica y en el consuelo de la religión y del circo.

Donde con más claridad se manifestó la desorientación y el abandono de la política social justinianea fue en un problema realmente tradicional: la expansión de las grandes propiedades rurales, favorecida por las oportunidades de la inmunidad tributaria y la seguridad del capital invertido, aumentó también durante el siglo VI. Esta expansión resultaba tan peligrosa para la autoridad imperial como para la capacidad económica del pequeño campesinado, esencial para el propio Estado. Los grandes dominios de la nobleza en las provincias desempeñaban un papel importante en la economía y en la sociedad. Una serie de medidas legales y administrativas contra la expansión y el abuso de poder de los grandes terratenientes no logró impedir que los pequeños campesinos libres se vieran obligados a pasar a la condición de colonos. Así, con la política financiera y social de Justiniano, no sólo creció el resentimiento de los pequeños campesinos y artesanos, oprimidos económicamente y desposeídos, sino también el de los grandes terratenientes, que veían amenazados sus privilegios por las medidas estatales. Al final cundieron el descontento político y la regresión económica en amplios sectores de la población.

V. *Emperador e Iglesia: Problemas de la política eclesiástica*

La política eclesiástica, con todas sus consecuencias, fue una constante del Imperio bizantino. Justiniano se encontró aquí con un antiguo problema sin resolver. En su calidad de único soberano, el Emperador también fue señor absoluto de la Iglesia: decidía sin consultar previamente al sínodo cuestiones relativas al dogma, el rito y el orden eclesiástico; dictaba instrucciones para el clero, y proveía con absoluta soberanía las sedes episcopales. Justiniano, que gracias a su excelente formación poseía un conocimiento exacto de los problema dogmáticos, era además partidario convencido de la ortodoxia, e incluso compuso tratados teológicos y cantos litúrgicos. Y sin embargo, el concepto de cesaropapismo resulta erróneo aplicado al régimen teocrático imperial (*cf. supra,* p. 28). El patriarca, que en el siglo VI había declarado: «Nada debe suceder en la Iglesia en contra de la voluntad y las órdenes del Emperador», describió la práctica de la época, pero no la relación fundamental entre emperador y patriarca[12].

La inextricable relación entre la política eclesiástica y la política interior, las confrontaciones dinásticas y religiosas ya habían comenzado con Constantino. El cisma arriano del siglo IV fue el primer gran enfrentamiento teológico de la Iglesia imperial, que ejerció una influencia dominante en la política interna (*cf. Historia Universal Siglo XXI,* vol. 9, pp. 102-107). Ya en esta ocasión se habían mostrado las limitaciones de una política eclesiástica estatal enérgica; en el siglo V el cisma monofisita provocó en la mitad oriental del Imperio una crisis espiritual y religiosa que se prolongó a lo largo de dos siglos plagados de continuas luchas. La discusión dogmática entre los griegos pasó del problema del Dios Padre y el Dios Hijo, que había constituido el punto neurálgico de la disputa arriana, al de la relación entre la naturaleza humana y divina en Cristo. La fuerte contraposición de las tendencias teológicas en este asunto no sólo reforzó las usuales luchas político-eclesiásticas por el poder, sino que la controversia también conmovió con inesperado apasionamiento a todos los fieles, ya que la esperanza de una redención como necesidad elemental para la fe de los cristianos de la época parecía depender de la divinidad total del Salvador. La Iglesia oriental era cualquier cosa menos un bloque monolítico. Los grupos tradicionales y regionales procedentes de Asia Menor y Grecia, Siria oriental y Egipto, muy diferentes en sus concepciones teológicas y actitudes religiosas, formaban la base y, al mismo tiempo, eran factores importantes en semejantes confrontaciones. Se avivaron resentimientos muy enraizados en la oposición, hasta entonces salvada por el helenismo, entre Grecia y Oriente, entre el mundo occidental y el Asia anterior.

El Concilio de Calcedonia (451) había terminado provisionalmente con las luchas político-eclesiásticas dogmáticas. Su fórmula conciliadora patrocinada por el Emperador («Un Cristo con dos naturalezas») condenaba a la vez el nestorianismo y la doctrina monofisita; puesto que había sido elaborada conjuntamente con la Iglesia latina, aseguró la unidad de la Iglesia hasta el año 1054, al menos en el plano dogmático. Pero los acuerdos de Calcedonia tampoco ofrecieron una solución político-eclesiástica radical. Egipto, Armenia y amplias zonas de Siria y Palestina no aceptaron la decisión del concilio. En estas regiones se crearon Iglesias monofisitas con jerarquía propia que se transformaron rápidamente en iglesias realmente nacionales. Con ello, casi todo

el este y el sudeste del Imperio se hallaban separados de Constantinopla en lo relativo a la doctrina eclesiástica. Al separatismo religioso se unió una conciencia regional especial, que provocó un proceso de deshelenización y una nueva independencia espiritual de estas regiones. Las medidas coercitivas del Estado contra los partidarios del cisma evidenciaban, principalmente en Egipto, una serie de tendencias autonomistas latentes. De esta forma el cisma monofisita se convirtió definitivamente en un problema de política interior de primer orden. Cada emperador se enfrentaba al dilema de decidirse por la confesión ortodoxa o mantener la paz en sus provincias más ricas. Los intentos de unificación fracasaron, al igual que la política de represión dura de «los herejes». Anastasio, el último emperador del siglo V, había adoptado finalmente una tercera posibilidad político-eclesiástica consecuentemente monofisita. Pero la resistencia decidida de Asia Menor y los Balcanes, zona neurálgica de la ortodoxia, casi provocó definitivamente una catástrofe política.

Así pues, el problema monofisita estaba más vivo que nunca. La política eclesiástica de Justiniano sólo logró curar los síntomas del mal; únicamente consiguió reducir los últimos restos del paganismo, valiéndose de numerosas medidas administrativas, a las que pertenece el cierre programático de la Universidad de Atenas en el año 529. Al conflicto con los monofisitas se unía, por un lado, la convicción por parte del emperador de la verdad de la doctrina ortodoxa y, por otro, una serie de consideraciones y objetivos políticos. La política imperial parecía exigir también, en lo referente a las regiones orientales reconquistadas, con su organización católica de la Iglesia, la unidad confesional. Por ello, tras unas primeras negociaciones sin resultado, Justiniano llevó a cabo una brutal persecución de los monofisitas, si bien poco después tuvo que adoptar una política moderada, interrumpida solamente por cortos períodos de persecución. No fue tanto el apoyo de Teodora a los monofisitas como las graves consecuencias políticas del cisma lo que indujo a Justiniano a proceder con estas cautelosas maniobras (que a veces le llevaron incluso a acercarse a determinadas tendencias monofisitas).

Sin embargo, Justiniano no logró debilitar decisivamente a los monofisitas ni llegó a un acercamiento entre los dos bandos teológicos. El enfrentamiento táctico, sin hacer concesiones fundamentales a los monofisitas, provocó por el contrario una influencia mayor de éstos en la capital y una misión monofisita más eficaz en Asia Menor. La discusión teológica tampoco condujo a nada. Culminó en la «disputa de los tres capítulos» de los años 543-554, discusión llena de intrigas sobre tres Padres de

la Iglesia sirios sospechosos de tendencias nestorianas. El V concilio ecuménico celebrado en Constantinopla en el año 553, que condenó definitivamente a los tres teólogos, fue un intento, desde el punto de vista político eclesiástico, de llegar a un compromiso con los monofisitas. Pero, al igual que en ocasiones anteriores, éstos no se dieron por satisfechos, a la vez que la ortodoxia se indisponía de nuevo con el Occidente latino. Sin embargo, Justiniano consiguió evitar, con su enérgica política, un conflicto abierto y, como consecuencia, agudos conflictos internos. Esto demuestra que la capacidad de resistencia e integración del sistema político era aún considerable. Pero el problema interno fundamental no estaba resuelto: al final las posiciones incluso se habían agudizado (a pesar, o gracias a la política de apaciguamiento). El dominio imperial absoluto sobre la Iglesia fracasó ante el cisma entre ortodoxos y monofisitas.

VI. *Síntomas de renovación: Cultura y Arte*

Las reformas interiores políticas y sociales quedaron estancadas en sus planteamientos; la política eclesiástica no se liberó de la red de antiguos vínculos. Lo verdaderamente nuevo, la aportación realmente creadora de la época se halla en la cultura. Por supuesto que han de hacerse ciertas distinciones. En la teología, la época de los Padres de la Iglesia había pasado. En el campo de la ciencia y de la literatura surgen notables creadores, que al mismo tiempo muestran las limitaciones de la época. Triboniano y sus discípulos representan el último momento álgido de la jurisprudencia romana. En otras ciencias, sabios tales como el gran médico Alejandro de Tralles, el destacado matemático Antemio de Tralles (que descubrió incluso el principio de la máquina de vapor) e Isidoro de Mileto, arquitecto de Santa Sofía, alcanzaron significativos progresos, si bien estaban en última instancia más interesados por el significado que por las causas de los fenómenos naturales. Al menos en el campo de la arquitectura y de la ingeniería, el empleo tecnológico de los conocimientos físicos y mecánicos se hallaba también ampliamente desarrollado.

La literatura de la época conoció, junto a escritores y poetas cortesanos tales como Agatias o Pablo el Silenciario, tan sólo a un clásico: Procopio de Cesárea, el historiador griego más importante desde Polibio. Su formación clásica, tanto como su experiencia personal, adquirida como secretario de Belisario, se tradujeron en un relato testimonial de las guerras de Justiniano. Este está completado por su *Historia Secreta,* documento de

corrosiva detracción política publicado a la muerte de Justiniano, surgido de una amargura personal. Gracias a la obra de Procopio y a los numerosos documentos de la administración y legislación, conocemos el gobierno de Justiniano tan detalladamente como pocos otros aspectos de la historia bizantina.

El objetivo de esta producción literaria fue el ideal de la educación enciclopédica y retórica del mundo grecorromano, que seguía teniendo vigencia entre las clases altas de las grandes ciudades dotadas de una animada vida intelectual. Junto a la Biblia y la teología aún se enseñaba la filosofía de Platón y Aristóteles, Plotino y Proclo. En la formación de la clase dirigente esta educación clásica tenía una función social importante (*cf. supra,* p. 29 s.). Pero ya se percibe claramente una división social del mundo cultural. Junto a la prosa y la poesía escrita en un lenguaje clásico conscientemente culto existía también una poesía rítmica de himnos y canciones escrita en lenguaje popular y fuertemente influida por los modelos sirios. Los cantos litúrgicos de Romano (un judío bautizado en Beirut) son su obra más importante; reúnen la sencillez del lenguaje y la brillantez del mundo simbólico en una perfección hasta entonces desconocida en la poesía religiosa de Bizancio.

La originalidad y la fuerza creadora de la época justinianea se manifestaron en el arte. Si la literatura de la época se nutrió en gran medida de la herencia y la tradición, el siglo VI fue sin embargo —a pesar de las creaciones del «Renacimiento» bizantino de los siglos X y XI— la primera gran época del arte bizantino y la más brillante de ellas en general. La forma espiritual del arte justinianeo es clásica en el sentido de que en las grandes obras toma su forma un estilo propio. Este estilo unitario imperial proviene de una síntesis —ya iniciada en los siglos IV y V— de las tradiciones culturales sirio-orientales y tardorromanas y helenísticas (que, no obstante, perduran en todo el arte bizantino como dos tendencias opuestas que determinan con esta contradicción su carácter especial). Su irradiación e influencia llegaron más allá de las provincias imperiales, hasta Roma y Africa, pasando por Rávena a Provenza y Aquisgrán, por Sicilia a España y también hasta Rusia y Etiopía.

La tradición antigua fue transformada de forma creadora: una abstracción plana y una rigurosa frontalidad bidimensional en lugar de la forma plástica sensual: la «imagen conceptual» en lugar de la imagen natural. El clasicismo bizantino no buscaba el sentido universal inmanente a la religiosidad griega, sino una verdad trascendente: la revelación extraterrena y la visualización de lo invisible en la teología de la imagen. El mundo era concebido por todos como una entidad sometida a fuerzas

extraterrestres: el arte no tenía una función estética, sino que vivía en la conciencia de lo trascendente. La belleza como parte de la majestad de Dios impulsaba a la contemplación mística, liberaba al hombre de sus condicionamientos y le acercaba más a la verdadera realidad de la existencia divina: «La belleza, se encuentre donde se encuentre, es parte de la verdad» [13].

Los comienzos de este nuevo estilo ya se anunciaron en la época de Anastasio. Característico del arte bizantino, que a pesar de su clasicismo intentaba apartarse de la Antigüedad, es el hecho de que el relieve ceda cada vez más terreno a la pintura bidimensional. En las ilustraciones de libros, iconos, frescos y mosaicos la pintura resulta la expresión más típica de la época. Ello está relacionado con la valoración teológica de la imagen, distinta en la cristiandad oriental y occidental, de la que deriva un aspecto fundamental del arte bizantino. Los iconos primitivos que sobrevivieron en regiones alejadas de la disputa iconoclasta eran en su mayoría sencillas representaciones de santos, pero, en su primitivismo, extraordinariamente expresivas. Junto a ellas existen también obras tales como la imagen de Pedro del monasterio del Sinaí, retrato naturalista de tradición tardorromana. De forma similar se entremezclaron en las ilustraciones de libros de la época tradiciones helenísticas y orientales. El código purpúreo de Rosano, con su perspectiva «vertical» y los expresivos gestos de sus figuras, anuncia ya el estilo y la iconografía de los códigos miniados medievales. Los monumentos más importantes del arte figurativo justinianeo son los grandes mosaicos murales de las iglesias. En oposición a sus sobrias fachadas, el brillo dorado de sus figuras de santos y emperadores, junto con el esplendor de las incrustaciones en mármol, daban al interior de la iglesia un cierto carácter de suntuosidad extraterrena. El arte del mosaico floreció también en otros centros, independientemente de Rávena o Salónica, estrechamente unidos a la capital; el «estilo imperial» produjo, incluso en provincias apartadas, obras de una calidad extraordinaria, como por ejemplo la iglesia de la Roca de Jerusalén o la Gran Mezquita de Damasco.

La arquitectura aportó las más grandes creaciones de la época. En todo el Imperio surgieron numerosas y a veces originales construcciones profanas: acueductos, cisternas, puentes, baños, villas, palacios y gran variedad de fortificaciones. Innumerables monumentos en las regiones griegas y orientales del Imperio, a menudo ciudades enteras en ruinas, testimonian el afán de construir y la capacidad financiera del siglo. Pero la arquitectura encontró su verdadera función en la construcción de iglesias; tanto en su planificación como en su realización se desarrolló una sorprendente imaginación. Se insistió en la forma tradicional

de la arquitectura sacra cristiana, la basílica con columnas de varias naves. Pero el principal problema constructivo de la arquitectura de la época residía en la edificación central: la evolución de la cúpula sobre un rectángulo. Aquí se desarrollaron las soluciones de la época constantiniana (como la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, considerada en gran medida como modelo en el Oriente cristiano). Formas constructivas típicas de la época fueron las iglesias cruciformes de cúpula o las construcciones octogonales, como la iglesia de los Santos Sergio y Baco en Constantinopla, donde encuentra su forma más perfecta la edificación central con cúpula, que, en oposición a la basílica de orientación espacial, ofrece una mayor sensación de recogimiento.

En la capital se cultivaron con especial intensidad todas las ramas del arte, además de la artesanía. El arte menor con sus tallas de marfil, sus joyas y sus costosas telas desempeñó un papel importante; sus productos se difundieron ampliamente y dieron testimonio, desde Gibraltar hasta el Eufrates, del fabuloso lujo de la metrópoli y del esplendor de su corte. El arte justinianeo lleva con razón este nombre: también aquí la voluntad soberana del Emperador constituyó una fuerza promotora. Como todos los grandes emperadores, Justiniano tenía la necesidad de representar su conciencia imperial, su poder y su prestigio en construcciones monumentales. No se debía a la casualidad que para él fuera la iglesia y no el palacio la forma expresiva de la soberanía. En San Vital de Rávena el retrato del emperador se hallaba en el coro por necesidad interna: en el cosmos cristiano, que refleja la arquitectura eclesiástica, el soberano terrenal tenía su lugar al lado del rey divino del universo. La cima de la arquitectura eclesiástica justinianea fue la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, construida en los años 532-537 por Antemio. Este edificio rectangular, estructurado por arcadas de columnas de dos pisos y cubierto por una gigantesca cúpula central, flanqueada al este y al oeste por dos medias cúpulas, combina de forma genial los dos tipos más importantes de la arquitectura sacra cristiana: la basílica de columnas y de cubierta plana y el edificio central abovedado. Debió ser impresionante el aspecto primitivo de su interior, con la cancela del coro y el ambón de plata forjada, el altar de oro y piedras preciosas, las puertas plateadas, los cortinajes púrpura, las incrustaciones de mármol y los mosaicos murales. Para Justiniano esta gran obra de la arquitectura bizantina testimoniaba su posición extraordinaria entre los soberanos del mundo: Santa Sofía era un símbolo majestuoso de los triunfos del representante de Cristo en la tierra. Veinte años de guerras habían con-

vertido en realidad la voluntad soberana del Emperador. Las regiones más importantes de la zona occidental del Imperio habían sido reconquistadas, a excepción de la Galia, y el reino de los vándalos y ostrogodos había desaparecido de la escena histórica. El Mediterráneo era un mar bizantino.

VII. *La «Renovatio Imperii»: ideología y realidad*

El punto de partida de la política expansiva de Justiniano fue la nueva situación en el Mediterráneo y en las fronteras del Imperio desde la perspectiva de la diplomacia y la política militar bizantinas hacia el año 530. Constantinopla creía con razón que el sistema de los estados germanos establecidos en el antiguo suelo imperial era poco estable. Tanto los reinos germanos orientales como el reino merovingio estaban sacudidos por conflictos políticos internos, y por otra parte —gracias a una activa diplomacia bizantina— eran incapaces de formar un frente común. Esta escasa coordinación en la defensa hizo que Justiniano pudiera desmembrar, partiendo de una posición militar superior, el mundo germano oriental con acciones aisladas.

Pero el mundo político que circundaba a Bizancio no se componía únicamente de los reinos germanos de Occidente. La amenaza latente para la frontera oriental del reino de los Sasánidas, cuyos coraceros constituían un temido instrumento de guerra, se había agudizado precisamente a comienzos del gobierno de Justiniano, tras largos decenios de cierta calma. El reinado de Cosroes I (531-579) condujo al Imperio sasánida, tras una serie de profundas reformas, a la cima de su poder y su significación cultural. Realmente en un principio el frente persa cambió poco; las luchas fronterizas iniciadas en el año 527 terminaron en el año 532 con un tratado de paz «eterna». Esto era necesario, pues las tropas no podrían cubrir militarmente la frontera septentrional y oriental al mismo tiempo que se lanzaban a una ofensiva en Occidente. Tuvo que intervenir el acreditado y continuamente perfeccionado instrumento de la diplomacia bizantina. Apoyada en un conocimiento exacto de las reacciones políticas y militares, adquirido a lo largo de un enfrentamiento regular, esta diplomacia aplicaba sus métodos con osadía: contactos y acuerdos diplomáticos, espionaje y propaganda religiosa, sanciones económicas y un refinado sistema de sobornos, pago de tributos y subsidios (que naturalmente exigía sumas considerables y a menudo despertaba nuevas demandas en lugar de satisfacer las ya existentes). En los puntos críticos de la frontera entre las dos grandes potencias existían verdaderos estados in-

termedios, como era el caso de Armenia o el principado árabe de los gasánidas o gasaníes, en el desierto sirio. Tras esta zona se encontraba la frontera defensiva que se extendía desde Crimea pasando por las fronteras de Lazistán y Armenia, el curso superior del Tigris y del Eufrates hasta la zona que precede a Palmira y Petra.

El tradicional problema de los dos frentes del Imperio amenazaba con convertirse en un problema trifrontal. Las primeras incursiones de los eslavos y los búlgaros en los Balcanes no permitía conocer aún con claridad la futura importancia de este tercer frente. En un principio la situación parecía lo bastante estable para poder iniciar la ofensiva en Occidente, preparada tras el rearmamento del ejército y gracias a las reservas financieras. La estrategia anfibia de los generales Belisario y Narses, que puede considerarse como la cima de la técnica bélica de la época, condujo a importantes éxitos. Con un cuerpo expedicionario de sólo 18.000 hombres, Belisario aniquiló en los años 533 y 534 a los vándalos en Africa. Sin embargo, Bizancio nunca tuvo motivos para alegrarse de la reconquista de este territorio, que en riqueza y producción casi podría compararse a las grandes provincias orientales. Se desarrolló una complicada guerra de guerrillas con las tribus bereberes, que hasta la conquista árabe obligó a Bizancio a desgastar continuamente sus fuerzas militares en las fronteras del desierto africano.

La campaña italiana contra el reino ostrogodo se inició en el mes de julio del año 535. Esta campaña exigió operaciones más importantes y más prolongadas, y provocó ciertos reveses, entre otras razones porque desde el año 540 una nueva ofensiva sasánida retenía en el frente oriental a una parte de las tropas bizantinas. En el año 563 fueron aniquiladas las últimas guarniciones godas en el norte de Italia. Esta región imperial reconquistada adquirió una administración de corte bizantino, a cuyo frente se hallaba un gobernador *(patricius)* con poderes civiles y militares. La tercera acción militar, el ataque a España, coincidió con la fase final de la guerra de Italia. Como en Africa, también aquí un pequeño ejército de desembarco obtuvo fulgurantes éxitos. Si bien es cierto que no se consiguió conquistar por completo el reino visigodo, se incorporaron las principales fortificaciones y ciudades portuarias de la región sudoccidental al Imperio bizantino. El control de la parte occidental del mar Mediterráneo, así conseguido, fue sumamente importante desde el punto de vista estratégico y político-comercial.

Los contemporáneos de Oriente y Occidente estaban impresionados. El objetivo de Justiniano de la *recuperatio imperii* parecía haberse conseguido en una medida asombrosa: la soberanía del *único* Imperio romano y de la *única* Iglesia cristiana como realización del encargo de Dios en la tierra. Incluso los enemigos políticos se hallaban sometidos a la influencia del Imperio: la forma de dominio, la sociedad y el arte de Bizancio sirvieron de ejemplo al reino español de los visigodos, y aún más al Imperio sasánida. El brillo del éxito ocultó hasta los últimos años del reinado de Justiniano la discrepancia existente entre la realidad y el ideal. El reverso y las consecuencias de su política se manifestaron lentamente en el reinado de sus sucesores. La recuperación de Occidente acarreó gravísimas consecuencias para la evolución histórica del mundo mediterráneo y del propio Bizancio. Con la destrucción del reino ostrogodo se eliminaba también la última barrera capaz de ofrecer una resistencia contra la incursión de los longobardos en la Italia septentrional. El incesante dominio bizantino en Italia central influyó en la evolución del papado romano. Pero, ante todo, la expansión del Imperio motivó la división del mundo mediterráneo en un área cultural septentrional y otra meridional, que perpetuaría durante siglos el califato, y que asumió en el norte de Africa y en España la herencia bizantina.

En el frente persa, Bizancio se vio obligado a adoptar política y militarmente una actitud defensiva: pudieron mantenerse la paz y el *statu quo* a cambio de elevados tributos que gravaron duramente el presupuesto estatal y minaron el prestigio político de Bizancio. Realmente, las fuerzas militares ya no eran suficientes para el tercer frente de guerra, los Balcanes. Desde un principio Justiniano había desarrollado una política defensiva. Pero el costoso sistema de una defensa escalonada de las fronteras con cientos de nuevas fortificaciones se mostró ineficaz ante la avalancha eslava, pues apenas existían ya las fuerzas móviles que en un principio deberían operar a partir de estas fortificaciones. Las incursiones de los eslavos, hunos y búlgaros en los Balcanes no cesaron desde los tiempos de Anastasio: a menudo se encontraban en peligro Salónica, Corinto e incluso la propia Constantinopla. Se trataba de movimientos que preparaban el asentamiento eslavo y la formación del estado búlgaro; pero estas incursiones anónimas y aisladas de las tribus hicieron que los afectados sólo se dieran cuenta tiempo después de que en la Europa sudoriental se estaba formando una peligrosa zona de depresión política. La política exterior de Justiniano, determinada por su propia ideología, no le permitió reconocer que los peligros del futuro residían en el enfrentamiento con los Sasánidas en Oriente y con las fuerzas eslavo-búlgaras en los Balcanes. Con su política defensiva en el área

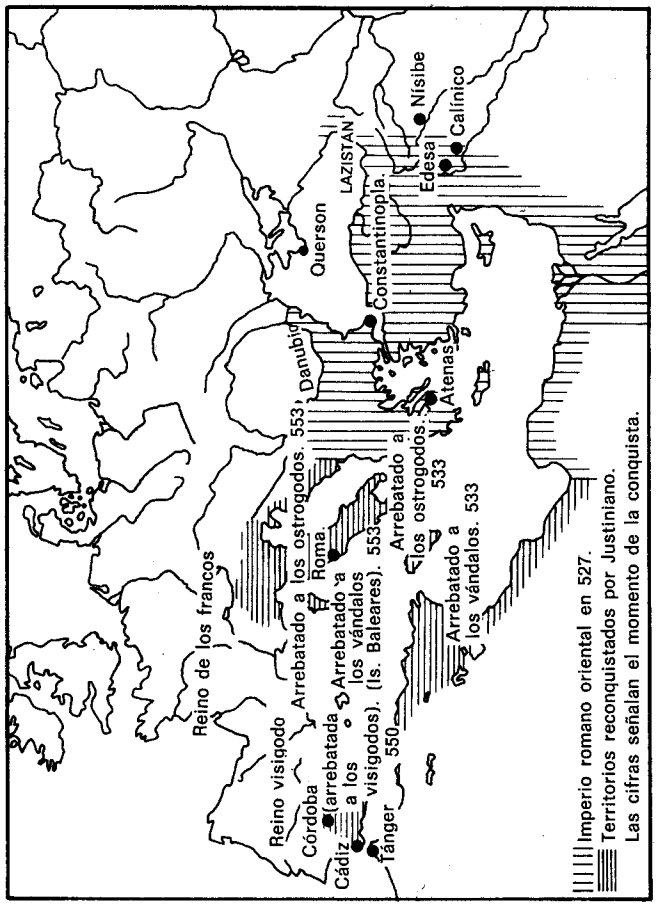

Fig. 2. *Los territorios occidentales recuperados por Justiniano.*

de los Balcanes, Justiniano perdió para siempre la ocasión de solucionar de raíz este problema vital para Bizancio.

Pero esta orientación errónea y las graves faltas cometidas en política exterior no constituyeron la única herencia peligrosa. La desatinada reforma y la sobrecarga financiera habían afectado gravemene al aparato político y administrativo. Durante el gobierno de Justiniano y su sucesor directo el aparato estatal siguió funcionando de forma relativamente satisfactoria, pero no se había conseguido una reforma que fuera más allá del afianzamiento del absolutismo como sistema político. El conflicto religioso persistía solapadamente, para salir de nuevo a la luz con cualquier pretexto. Las guerras, los costos de las campañas de Occidente y la enorme actividad constructiva habían agotado personal y financieramente al Imperio. Esto exigió demandas impositivas más elevadas, que hicieron fracasar los intentos de reforma socio-política y provocaron una opresión fiscal. Al final del reinado de Justiniano se hizo sentir una nueva crisis financiera y una creciente insatisfacción política de los súbditos, sobre cuya explotación y opresión se basaba el esplendor del renovado Imperio.

Este proceso estaba basado sólo en parte en el hecho de que el anciano Emperador se interesaba cada vez más por los problemas teológicos y perdía el control de la política y la administración. Tampoco fue la primacía de la política exterior lo que frenó los intentos reformistas del Estado y la sociedad. Estos morían en un mar de fuerzas opuestas e incompatibles, precisamente porque Justiniano entendía también la *renovatio imperii* interior como una conservación de lo ya existente, es decir, del absolutismo cristiano centralista y dirigista. «Restablecer lo antiguo en el Estado con un mayor esplendor» [14]: ante la situación de Bizancio a mediados del siglo VI y su ideal futuro, esta frase ya no era una idea política viva, sino una ideología que despreciaba la realidad. El hecho de que el Emperador se decidiera por soluciones nuevas en ocasiones para las que no existían soluciones tradicionales, se debía a una reacción pragmática. Él hubiese concebido la exigencia programada de un cambio como un error. Profundamente convencido, como todos los bizantinos, de estar en posesión de todas las verdades últimas, tanto en política como en religión, no buscaba la renovación del orden antiguo por terror reaccionario al cambio, sino porque creía que en el pasado se habían concebido las mejores soluciones para la convivencia social de los hombres en armonía con la voluntad divina. Justiniano no logró superar el problema de aunar la tradición con el cambio; el peso del pasado era demasiado grande. En estos momentos, de profunda transfor-

mación del mundo mediterráneo, estaba incapacitado para comprender que esta época requería el cambio y la innovación.

Por ello, desde el punto de vista social y político interior, la época de Justiniano representa tan sólo una fase de transición entre dos soluciones claras y categóricas: el sistema absolutista del siglo IV y el nuevo orden del Estado bizantino con las reformas del siglo VII. Si la fuerza de atracción de la tradición política romana impedía a Justiniano ver con claridad los problemas primordiales del Estado y de la sociedad y tomar las decisiones pertinentes, su error, sin embargo, no estuvo exento de grandeza. La codificación jurídica y el arte siguieron vigentes durante muchos siglos también en Occidente; la neorromanización detuvo el proceso de orientalización de Bizancio, hasta el momento en que con la irrupción árabe se separaron las provincias orientales, creando con ello una base importante para el papel histórico de Bizancio, mediador entre Oriente y Occidente. Pero, visto en su conjunto, el fantasma de una renovación del Imperio romano universal superó las fuerzas de Bizancio, y ya, a finales del siglo, este primer Estado bizantino sucumbió a la anarquía.

VIII. *La desintegración del sistema justinianeo*

Los sucesores de Justiniano tuvieron que cargar con las graves consecuencias de su política; la desintegración del poderío del Imperio bizantino duró tan sólo treinta y siete años. Justino II (565-578), el general tracio Tiberio I (578-582) y su sucesor Mauricio (582-602) eran políticos y militares enérgicos y capacitados. Pero al final no pudieron impedir la crisis del estado, con el hundimiento del sistema defensivo de los Balcanes y de la frontera oriental.

Tres hechos —junto con la situación financiera y económica— debilitaron, en las postrimerías del siglo VI, el Imperio bizantino. Durante el gobierno de los sucesores de Justiniano, decididamente ortodoxos, se agudizó el conflicto con los monofisitas. El poder central estaba amenazado, por una parte, por las tendencias autónomas de la nobleza terrateniente (que siguieron la misma evolución que en Occidente) y, por otra, por los partidos circenses, que escapaban progresivamente al control del gobierno. En el ejército se debilitó la disciplina y quedó a la vista el talón de Aquiles de todo ejército mercenario: la disminución de la fuerza combativa, cuando no la declaración de motines abiertos, con motivo de los retrasos en la soldada. En la desintegración del sistema justinianeo sólo pueden detectarse en un punto los presupuestos de un nuevo orden: en la reorganización de las regiones imperiales de Occidente, donde se crearon los exarcados de Rávena y Cartago. En estas unidades administrativas Mauricio reunió el poder civil y el mando militar en manos de los gobernadores, que poseían plenos poderes como un virrey. Esta solución sirvió de modelo para la organización de los *themas,* constituyendo de esta forma una etapa decisiva en el desarrollo del estado bizantino medieval. A partir del exarcado de Cartago se inició realmente a principios del siglo VII la renovación del Imperio.

Dada la situación política exterior existente se llegó a la conclusión de que los intereses vitales de Bizancio estaban en la frontera nordeste y oriental del Imperio. Pero las consecuencias de la política occidental de Justiniano fueron poco duraderas. Casi todas las conquistas se perdieron de nuevo en el transcurso de una generación. Italia fue ocupada en el año 568 por los longobardos, a excepción de Roma, Rávena y la parte meridional de la península. En gran parte se abandonaron las regiones españolas antes del año 584 y en el año 629 se dieron definitivamente por perdidas. Allí donde aún quedaban tropas bizantinas, éstas se encontraban envueltas, como en el caso de Africa, en agotadores combates. El verdadero peligro estaba en que Bizancio se creía continuamente rodeado por dos frentes de lucha. A finales del siglo VI el frente oriental se hallaba casi siempre amenazado. Tras veinte años de duros enfrentamientos militares se llegó en el año 591 a un tratado de paz relativamente favorable para Bizancio. Esta estabilización en la frontera persa parecía ofrecer incluso la posibilidad de detener con éxito la avalancha eslava que se acercaba desde el nordeste. Desde los años setenta no se hallaba segura ninguna región de los Balcanes, con excepción de las grandes ciudades fortificadas como Salónica. A veces la situación se volvió incomprensible, incluso para los experimentados diplomáticos y militares bizantinos. Junto a eslavos y búlgaros apareció una tercera fuerza procedente de las al parecer inagotables reservas de las estepas del interior de Asia: los ávaros, que supieron coordinar la energía de las tribus nómadas en su lucha contra Bizancio.

Pero aún tuvo más importancia el hecho de que en la década de los ochenta se iniciara, en lugar de los robos y saqueos efectuados hasta ese momento, el asentamiento de los eslavos. La población imperial latina y helénica se vio empujada hacia la franja costera del Adriático y del Egeo; en el siglo VII Macedonia ya llevaba el nombre de «Esclavinia» debido a su densa población eslava. Este gran movimiento de pueblos, que ya no podía ser superado ni militar ni diplomáticamente, constituyó

el acontecimiento político exterior más importante del siglo VII para Bizancio, pues, como aconteció también con la conquista germana de Occidente, la ocupación eslava de los Balcanes provocó finalmente la creación de estados independientes sobre suelo del Imperio bizantino. Ciertas campañas bien planeadas del emperador Mauricio en los Balcanes hicieron recobrar las esperanzas en los años 591-92 de que las cosas tomarían un cariz diferente. Pero fueron precisamente éstas las que, tras ciertos éxitos iniciales, condujeron a una nueva crisis. Un motín del ejército y un levantamiento en Constantinopla convirtieron al general Focas (602-610) en emperador. Su régimen de terror en la capital y las contiendas de las provincias, similares a una guerra civil, provocaron una catástrofe en su política exterior. El sistema defensivo de los Balcanes se hundió definitivamente, y una nueva ofensiva sasánida penetró en Asia Menor, llegando hasta Calcedonia.

Los años de anarquía bajo el reinado de Focas demostraron hasta qué punto la política de Justiniano tenía una base frágil. La crisis en la que sucumbió el estado bizantino temprano fue su consecuencia; con ella desaparecía la tradición tardorromana. Lo que vino después, pese a que se intentó construir sobre el pasado, fue el Estado bizantino medieval; algo nuevo si la realidad política se sitúa por encima de las concepciones tradicionales de derecho público. En aquellos años, los contemporáneos no estaban en modo alguno convencidos de que pudiera existir un futuro, tras la catástrofe que se avecinaba. La salvación del Imperio fue la última empresa de Occidente, que estaba sustrayéndose a la influencia de Bizancio. En octubre del año 610 llegó a Constantinopla la flota del exarca de Cartago. Su hijo Heraclio derrocó a Focas y ocupó el trono. Su reinado inauguró una nueva era, un nuevo capítulo de la historia bizantina, lleno de éxitos sorprendentes y peripecias fulgurantes.

IX. *El siglo de la crisis: Bizancio y la expansión del Islam*

El acontecimiento histórico decisivo del siglo VII fue el nacimiento del Islam y la configuración del califato árabe como gran potencia. La parte oriental del mundo mediterráneo comienza ahora a librarse de las formas de vida del período tardorromano y protobizantino. El renacimiento de los Sasánidas y el movimiento monofisita ya habían anunciado el robustecimiento de Oriente. Pero fue el Islam el que se convirtió en la fuerza determinante de una transformación general en esta

región histórica. La expansión árabe-islámica rompió definitivamente la unidad cultural y política del mundo mediterráneo, conservada durante tanto tiempo; partiendo de las ruinas de la cultura grecorromana creó una nueva sociedad independiente, en igualdad de derechos con Bizancio y la comunidad de pueblos germano-latinos. La historia del Imperio bizantino, así como la de la Europa medieval, resulta inconcebible sin el desafío político del Califato y sin el intercambio espiritual con la cultura islámica.

A los contemporáneos les resultaba difícil comprender esta profunda transformación de la situación política y, a largo plazo, también económica y espiritual que rompía el marco del antiguo mundo. La avalancha de los eslavos y la irrupción de Oriente crearon una nueva constelación política. Bizancio perdió a favor del califato sus provincias orientales y Africa, y a favor de los pueblos eslavos gran parte de los Balcanes. La zona de dominio italiana se vio profundamente restringida por los longobardos; Bizancio tuvo que adoptar en el mar Egeo una política defensiva. El cerco que los árabes pusieron al mar Mediterráneo acabó con el monopolio ejercido por Bizancio en el comercio exterior y disminuyó considerablemente su recién alcanzada influencia sobre Occidente. El Imperio bizantino nunca recuperó su posición de única gran potencia en el Mediterráneo. No obstante, aunque a costa de considerables pérdidas territoriales y, a menudo, de un empobrecimiento cultural, logró afirmarse entre los nuevos grupos de poder y siguió siendo, durante otros 700 años más, un elemento esencial en la historia del Próximo Oriente.

La extraordinaria capacidad de resistencia de Bizancio convirtió este desafío en un heroico proceso de adaptación: la lucha por la existencia provocó profundas transformaciones en el orden político y en la estructura social. El Imperio adquirió un nuevo robustecimiento gracias a una forma ampliamente desligada de las tradiciones tardorromanas. El estado burocrático, que ya no se mostraba a la altura de las nuevas condiciones de autodeterminación exterior, se convirtió en un estado militar respaldado política y financieramente por un campesinado libre. Con la pérdida de las provincias monofisitas concluyó el conflicto religioso; la unidad confesional en la ortodoxia se convirtió en un elemento decisivo para la unidad y estabilidad del Estado. En el aspecto espiritual Bizancio se transformó definitivamente en un estado decididamente griego por su lengua y cultura. Así, bajo la apariencia de un empobrecimiento exterior, la transformación del siglo VII provocó en realidad una regene-

ración que, por primera vez, ponía claramente de manifiesto la tenaz fuerza vital de Bizancio. Esta nueva forma de vida no sólo aseguró la supervivencia del Imperio, sino también su posterior recuperación, que le convertiría en la primera potencia económica y militar del Mediterráneo oriental.

A comienzos del siglo VII la situación parecía desesperada. En Siria, Egipto y Asia Menor, los Sasánidas se adentraban cada vez más en territorio bizantino; la avalancha eslava avanzaba constantemente hacia el sur, empujada desde los Balcanes por la presión ejercida por el reino ávaro en la cuenca del Tisza. Las finanzas se habían agotado, la disciplina militar se había relajado, persistían el conflicto monofisita y la oposición política interior. Los Sasánidas avanzaron aún más y los ávaros llegaron hasta las murallas de Constantinopla. Tan sólo la capital permaneció como centro de resistencia y renovación.

En el momento culminante de la crisis, en el año 618, cuando la disolución del Imperio parecía asunto de meses, sucedió un cambio inesperado. En el año 622 se iniciaba la contraofensiva bizantina, dirigida personalmente por el emperador Heraclio (610-641), respaldada por un tratado de paz con los ávaros y apoyada por el entusiasmo religioso en Constantinopla, comparable al despertado por las Cruzadas. Utilizando una audaz y peligrosa estrategia ofensiva, trasladó su base de operaciones a la zona montañosa de Armenia y del Cáucaso, difícil de atravesar. Su objetivo consistía en atacar el centro del poder persa, en lugar de intentar reconquistar sistemáticamente las provincias perdidas. El Emperador aguardaba impasible en Oriente un nuevo asedio de Constantinopla en el año 626 (el himno *Akathistos*, que se sigue cantando en Pascua en las iglesias ortodoxas, nació a raíz de la salvación de la ciudad por la flota). Más tarde, en el año 627, tuvo lugar la irrupción en el valle del Tigris, decisiva para el curso de la guerra, y la derrota definitiva del ejército sasánida. En el tratado de paz, Bizancio no sólo recuperaba sus antiguas provincias, sino que a éstas se sumaban nuevos territorios en Armenia. El peligro que provenía de los Balcanes parecía haber terminado también.

El sitio de la capital había quebrantado la fuerza militar de los ávaros; las inmigraciones de servios y croatas y el nacimiento del primer reino búlgaro debilitaron aún más su posición. Por otra parte, los servios y los croatas llegaron a reconocer la superioridad bizantina. Pero aún no podía hablarse de una verdadera recuperación de la soberanía bizantina en la zona de los Balcanes; todo quedó reducido a las acostumbradas medidas de urgencia. Nadie en Bizancio podía prever en aquellos

momentos que el Imperio se vería enfrentado 150 años más tarde con los búlgaros en su lucha por la existencia y que la formación de estados servio-croatas haría fracasar definitivamente el intento de soberanía bizantina en los Balcanes.

El «problema oriental» parecía definitivamente resuelto. La frontera más peligrosa del Imperio estaba asegurada; la lucha secular con los Sasánidas por la hegemonía parecía estar decidida a favor de Constantinopla. De nuevo quedaba asegurada la soberanía del mundo griego y del cristianismo en Egipto, Siria y Mesopotamia; la flota imperial dominaba el mar Mediterráneo. Cuando el patriarca bendijo en Santa Sofía al Emperador, que regresaba triunfante en su calidad de defensor de la fe, con la reconquistada reliquia de la Santa Cruz, el prestigio de Bizancio era, tanto en Occidente como en Oriente, mayor que nunca. Y, sin embargo, el año 622 había sido un momento de doble crisis: la contraofensiva bizantina comenzó en el año de la hégira. Pero en el año 630, mientras Bizancio disfrutaba una nueva cima de su poder, Mahoma conquistaba La Meca. En el Islam —que en un principio fue considerado como un nuevo movimiento cismático de la cristiandad oriental— había nacido, durante los años de guerra contra los Sasánidas y sin que la estrategia bizantina se diera cuenta de ello, una nueva potencia que, en pocos decenios, pasó de ser una comunidad religiosa de los adeptos del profeta a ser la comunidad religiosa y política de los árabes y un poder hegemónico en expansión. El verdadero peligro, pues, no había que buscarlo en Occidente, cuya transformación tras la barrera de los Balcanes y del reino longobardo no tuvo por el momento consecuencias en el plano político. Pero la concentración militar y el agotamiento mortal de los adversarios, que culminó con el dualismo entre Bizancio y los persas, impidieron que ambos pudieran reconocer a tiempo la transformación que a sus espaldas sufría el mundo.

El imperio árabe, nacido bajo los primeros califas, destruyó el mundo político existente en el Mediterráneo (*cf. Historia Universal Siglo XXI*, vol. 9, pp. 263 ss.; vol. 14, pp. 13 ss.). La expansión árabe seguía dos direcciones. Por el norte, entre 633 y 651, fue destrozado el imperio sasánida, si bien la cultura persa sobrevivió al proceso de arabización para convertirse después del siglo VIII en un factor determinante de la sociedad islámica. La irrupción eslava en las provincias orientales bizantinas tuvo un éxito inesperado. La población monofisita se mostró enemiga del Imperio y el sistema defensivo militar resultó poco eficaz. En el año 640 quedaba conquistada Siria. En el año 642 se abandonó Egipto; en el año 647 se perdieron

Tripolitania y Cirenaica. Tan sólo en la línea del Tauro, en el norte de Siria, pudo atajarse la incursión árabe. A la muerte de Heraclio el estado había quedado reducido a menos de un tercio de su superficie; en el fondo, al Imperio únicamente le quedaba Asia Menor, Grecia, el *hinterland* europeo de Constantinopla, continuamente amenazado por eslavos y ávaros, y ciertas regiones de Italia.

También bajo los sucesores de Heraclio —de la primera dinastía bizantina, que perduró durante cinco generaciones— se consumieron las energías de la sociedad por la carga que suponía la lucha defensiva y la tarea de hacer funcionar el estado y de adaptarlo a las nuevas condiciones de vida. La política exterior dominaba la vida de Bizancio. Y ésta seguía significando el enfrentamiento armado con la ola conquistadora del Islam y los pueblos que penetraban en la región de los Balcanes. Era de vital importancia para el Imperio que al menos cambiasen en estos decenios los puntos de gravedad de la lucha defensiva. Es cierto que la guerra fronteriza fue tanto para Bizancio como para el Imperio romano un asunto harto habitual. Pero ésta cambió esencialmente de matiz: de una lucha defensiva destinada al éxito y basada en el conocimiento de la superioridad de sus propias fuerzas, se pasó en el siglo VII a una pura lucha por la existencia y, finalmente, a un sistema de fronteras militares con campañas regulares en verano.

En las fronteras del núcleo central de Asia Menor se detuvo la primera ola conquistadora árabe. Las luchas por la sucesión en el califato, la oposición de los bereberes en el norte de Africa y la garantía que representaba la flota bizantina, provocaron durante el reinado de Constante II (641-668) una especie de tregua. La fase crítica del enfrentamiento con los árabes se produjo al iniciarse, bajo el califa Muhawiya (Mu'awiya) I (661-680), una segunda ola de expansión territorial. Puesto que la línea del Tauro parecía casi inexpugnable, la estrategia árabe planeó un ataque directo por mar contra el centro mismo del poder bizantino. La construcción de una flota y la conquista de una serie de puntos de apoyo en el mar Egeo fueron las primeras operaciones de esta guerra marítima, a las que siguieron repetidos asedios a Constantinopla. Estos fracasaron en los años 668-669 y 674-678 debido, sobre todo, a que las fuerzas navales bizantinas seguían siendo, en las postrimerías del siglo, superiores a la flota árabe (tripulada por monofisitas sirios). En este éxito tuvo una importancia decisiva el «fuego griego», líquido explosivo descubierto por el arquitecto Calínico, que también prendía en el agua y que era lanzado por primitivos lanzallamas.

Estos primeros grandes éxitos, tras casi cincuenta años de guerra, resultaron determinantes para la seguridad del núcleo central bizantino, si bien en el otro flanco de la expansión árabe no pudo evitarse la pérdida de Africa.

La expansión del califato proseguía. Por Oriente se llegó en el año 715 hasta el Jorasán, y casi hasta la India. Por Occidente se reanudó en el año 664 la ofensiva en Africa. En el año 700 ya había desaparecido cualquier vestigio de resistencia bizantina; se organizó una rápida islamización del norte de Africa. En el año 720 quedaban bajo la soberanía árabe España y ciertas regiones del sur de Francia, incluida Narbona. Sin embargo, en la frontera oriental bizantina no se produjeron cambios territoriales de consideración; pudo mantenerse la línea del Tauro. Poco a poco surgió, en lugar de una serie de posiciones defensivas permeables y poco seguras, una frontera defensiva consolidada. Esta aseguró durante siglos las posiciones gracias a un sistema perfectamente estudiado de defensa flexible, tal y como lo describen los manuales bizantinos de táctica, así como el poema épico de Digenis el Aorita.

Durante los últimos veinticinco años del siglo, la frontera nordeste pasó de nuevo a ocupar un primer plano. En esta zona se estaban produciendo una serie de acontecimientos realmente trascendentales. La penetración de pueblos nómadas creó un nuevo mapa político y étnico en los Balcanes, donde la soberanía efectiva de Bizancio se limitaba a unas pocas fortificaciones y a los éxitos alcanzados por las breves campañas militares de verano. La creación del reino búlgaro después del año 640, que todos los esfuerzos de Constantino IV (668-685) no lograron evitar, se convirtió en un punto clave en la historia de esta región. Se había creado con él el primer Estado independiente en el antiguo suelo del Imperio; cuando el Islam perdió su fuerza expansiva, este Estado se convirtió en una amenaza mortal para Bizancio. Durante un cierto tiempo logró estabilizarse de nuevo la situación mediante concesiones diplomáticas y financieras; Justiniano II (685-695; 705-711) aumentó incluso la zona de dominio bizantina mediante una gran ofensiva realizada en los años 688-689. Al mismo tiempo, intentó neutralizar el nuevo elemento étnico de los Balcanes deportando masivamente a Asia Menor inmigrantes eslavos, para así utilizar sus indiscutibles aptitudes militares en la defensa de las fronteras orientales. Naturalmente, la política de los Balcanes siguió siendo, como en tiempos de Justiniano I, un sistema de medidas provisionales. La presión incesante de la expansión árabe absorbía casi todas las fuerzas del país.

X. *Desafío y réplica: consolidación del Imperio mediante reformas*

Sólo las reformas políticas y sociales permitieron que el Imperio bizantino no se resistiera a sucumbir a pesar de la amenaza de catástrofes exteriores y de la desintegración interior. Una reorganización de las fuerzas armadas y de la administración creó las bases de la supervivencia en medio del torbellino árabe. El nuevo sistema intentaba compensar la pérdida de Siria, Palestina y Egipto; se partía de la premisa de que el Imperio en su totalidad se había convertido en una provincia fronteriza, siendo Asia Menor su área de reclutamiento más importante. El sistema político no renunció al absolutismo centralista, que garantizaba la dirección efectiva de una estructura estatal tan compleja. Pero al mismo tiempo este sistema puso de manifiesto la capacidad bizantina para manejar con flexibilidad las fórmulas administrativas y políticas y para desarrollarlas con éxito, a pesar de su carácter fundamentalmente conservador.

Pieza clave de la política reformadora fue la reorganización de la administración imperial, que también influyó sobre la estructura social: la constitución de los *themas*. Cada unidad fundamental del ejército bizantino, acuartelada en un determinado distrito, se convirtió en un *thema,* a las órdenes de un estratego. La reorganización administrativa reunió varias de las antiguas provincias en distritos militares y administrativos, en los que el estratego, subordinado al emperador, recibía todo el poder ejecutivo; no sólo mandaba sobre las tropas estacionadas en su *thema,* sino que también se ocupaba de la administración, la justicia y la burocracia financiera de la provincia. El procónsul del *thema* pasó desde un principio a ocupar un segundo plano en su calidad de simple jefe de la administración civil, y finalmente fue totalmente suprimido. Esta administración puramente militar acabó, pues, con la administración civil: el sistema diferenciado de la primitiva administración civil tardorromana desapareció, dejando paso a una rígida administración única y a una organización militar.

Simultáneamente se reorganizó la administración central. La prefectura pretoriana se había convertido en un superministerio cada vez más incapaz. En su lugar aparecieron nuevos cargos centrales, presididos por funcionarios con el título de logotetas *(logothetes).* El *magister officiorum* se vio destituido por el *logothetes tou dromou,* haciéndose éste responsable de la administración; desde un principio existieron tres logotetas para las finanzas: uno encargado de la administración financiera militar,

otro de la administración general del Estado y el tercero de la administración de los bienes privados del emperador. La organización de la administración central mediante el nombramiento de logotetas, que sustituía al principio de subordinación por el de coordinación, siguió siendo, junto con la constitución de los *themas,* un elemento fundamental del Estado bizantino durante la Edad Media.

El punto de partida decisivo para este nuevo ordenamiento fue la incapacidad manifiesta del antiguo sistema para reaccionar con la energía necesaria ante las crisis exteriores. La unión de diferenciación, por una parte, y centralismo, por otra, significaba en las circunstancias técnicas del momento un elemento de debilidad. Se logró simplificar el sistema suprimiendo intermediarios y otorgando importantes funciones a los gobernadores de las provincias. Pero seguramente la eficacia, históricamente mayor, del nuevo sistema no se consiguió únicamente al simplificar las funciones, sino también al acabar con las numerosas crisis religiosas, que en el antiguo sistema habían tenido un efecto paralizador.

Junto con la reforma administrativa también se impulsó el desarrollo del campesino libre, que, a su vez, hacía las veces de soldado. Los soldados que pertenecían al *thema* como unidad militar, recibían, a cambio de servir en el ejército de forma obligatoria, unas tierras que podían heredar sus descendientes. Estos *stratiotai* o estratiotas no eran ni mercenarios ni colonos, sino campesinos libres asentados en sus propias tierras, cuya renta les aseguraba su mantenimiento y el equipo (no precisamente barato) de un soldado de caballería con catafracta. Entre el estamento de los estratiotas se desarrolló un proceso iniciado con anterioridad a los exarcados del siglo VI. La soldada hecha efectiva por medio de tierras ya era algo conocido para los *limitanei* de la época tardorromana, unidades defensivas estacionadas en las fronteras; pero los *limitanei* no estaban obligados a participar en el servicio militar de campaña. Mauricio también había estudiado (como indica su tratado *Strategikon)* la posibilidad de reclutar una milicia campesina.

La nueva organización militar de los *themas* creó un instrumento de defensa flexible y leal que muy pronto demostró su importancia. Los estratiotas componían en cada provincia unas milicias de caballería que podían ser movilizadas en un breve período de tiempo. Este ejército de campaña fue completado con las tropas de guardia de la capital o *tagmata,* compuestas por mercenarios, así como con un servicio de tropas de refuerzo y de información. La defensa territorial autóctona estuvo a cargo,

principalmente en las fronteras de Asia Menor, de una organización sucesora de los *limitanei,* los *akritai.*

La disolución del ejército mercenario, con sus inevitables debilidades, y la creación de un ejército compuesto por soldados-campesinos libres, cuyos intereses reales estaban en el territorio que debían defender, no sólo aumentó sensiblemente la capacidad defensiva militar de Bizancio, sino que también provocó transformaciones de importancia tanto político-financieras como sociales. Poco a poco nació una nueva clase de propietarios rurales que, si bien no tenían origen aristocrático, tenía propiedades superiores a las de los simples campesinos: la protección estatal a los bienes de los soldados favoreció también al campesino libre. «El pequeño campesino, que cultivaba su propia tierra, pagaba impuestos y servía en caso de necesidad en el ejército, se convirtió en el elemento dominante de la sociedad agraria de Bizancio» [15]. Hasta el siglo VI el latifundio había ido cobrando cada vez más importancia. Pero ahora las comunidades rurales libres y los propietarios campesinos libres aumentaron sensiblemente de número, si bien no desapareció el colono. Esto significaba un nuevo paso en la evolución de un problema esencial dentro de la historia social de Bizancio: el enfrentamiento entre latifundio y pequeña propiedad campesina libre (*cf. supra* p. 21). Con los estratiotas no solamente se había creado un estamento que para el gobierno significaba una reserva contra los grandes propietarios. Este estamento también contribuyó al saneamiento de las finanzas estatales. Al pagar a los soldados con tierras disminuyeron los gastos de la soldada y con ello también el presupuesto militar. El estratiota, además, se convirtió en un factor decisivo de la política fiscal, gracias a sus bienes. En este caso resulta especialmente evidente que el Estado favoreció al pequeño campesino por motivaciones militares, políticas y fiscales.

A partir de este momento, la defensa del Imperio se basó en el sistema político de la constitución de *themas.* Esto confirió al estado bizantino mayor eficacia y flexibilidad, si bien es cierto que de momento trajo consigo una militarización que repercutió en la vida espiritual y cultural. Mas, poco a poco, este proceso evolutivo reforzó, gracias a la transformación de la agricultura, la estructura social de Bizancio. El desplazamiento étnico debido a las deportaciones masivas acentuó aún más estas transformaciones dentro del sistema social. La mezcla y la fusión extraordinariamente rápida de elementos eslavos, anatolios y griegos fue un fenómeno con amplias repercusiones, que contribuyó sensiblemente a la ulterior consolidación interna.

La reforma del estado bizantino mediante la constitución de *themas* fue el resultado final de una evolución iniciada más de cien años antes. No nació de una acción sistemática y legislativa, sino de una serie de diferentes medidas reformistas que naturalmente se basaban en una concepción homogénea político-administrativa y político-defensiva. En cierto sentido, fue el resultado final de un proceso que ya se había iniciado con los intentos de Justiniano de unificar, en las zonas críticas, el poder civil y militar. Los exarcados de Mauricio constituyeron una forma precursora de los *themas.* Pero quizá también sirviera de modelo la reorganización del estado sasánida por Cosroes I. Es posible que ciertos elementos de la nueva estructura administrativa se crearan durante el gobierno de Heraclio; sus éxitos militares bien pudieron deberse a un principio de simplificación de la dirección militar y de la administración [16].

Puesto que se habían perdido las provincias orientales y gran parte de los Balcanes se había sustraido a la soberanía bizantina, en el siglo VII únicamente pudieron instaurarse *themas* en Asia Menor: Armenia y Anatolia en el centro, como puntos neurálgicos de la defensa oriental, y Opsicio como distrito militar de Constantinopla. Los sucesores de Heraclio, principalmente Constantino IV y Justiniano II, desarrollaron enérgicamente esta organización. A finales del siglo VII y en el siglo VIII no sólo se había consolidado en Asia Menor el sistema de distritos militares, sino que se había extendido a todas las regiones en las que la soberanía bizantina había quedado de nuevo asegurada: en los Balcanes se creó el *thema* de Tracia, en Grecia el *thema* de Hélade, junto con el distrito militar de Salónica y posiblemente también el exarcado de Sicilia, como bastión contra los ataques árabes. Desde el punto de vista político-social y financiero, el nuevo ordenamiento social cobró pleno efecto después de mucho tiempo. El *Nomos Georgikos,* reglamento de la policía rural, de finales del siglo VII o principios del VIII, testimonia sin embargo el nacimiento de ciertos procesos de transformación social. Al parecer, éstos sólo tuvieron validez en una determinada región, pero no deja de resultar sintomático que aparezcan, junto con el latifundio trabajado por colonos, otros elementos del orden social: comunidades rurales libres, propietarios campesinos libres, libertad de domicilio en lugar de vinculación a la gleba y desaparición de la servidumbre. Es evidente la traslación del centro de gravedad en detrimento de los latifundios, que ya empezaban a resultar peligrosos desde el punto de vista político; el pequeño campesino libre comienza a convertirse en un factor social y económico determinante para las provincias bizantinas.

XI. *La cultura del siglo VII: identidad de Imperio y ortodoxia*

El reverso de esta lucha por la existencia de la reforma estatal fue la aridez cultural que contrastó claramente con el florecimiento de la época justiniana. La supervivencia y la adaptación habían acaparado todas las fuerzas. Pero la esterilidad del arte y de la literatura, estaba condicinada también por otros hechos. Con la pérdida de las provincias orientales no sólo desaparecieron los centros comerciales e industriales de Siria y los graneros de Egipto, sino también regiones fuertemente urbanizadas y, desde el punto de vista espiritual, especialmente activas. Esto significó un doble empobrecimiento. Por una parte, la cultura bizantina perdió su carácter policéntrico. Por otra, con la reducción del papel desempeñado por las ciudades, también disminuyó la importancia de la formación profana. Junto con las tendencias místico-ascéticas, ahora fuertes, se produce una clericalización de la cultura. No fue casual el hecho de que precisamente en esta época se perdiera una parte esencial de la antigua herencia.

Resulta significativo que únicamente se dieran creaciones culturales de importancia fuera de los nuevos límites del Imperio. La cultura del primer siglo islámico aún estaba sensiblemente influida por las tradiciones bizantinas; en las mezquitas y pabellones de caza sirios o en las catedrales armenias surgieron grandes creaciones de estilo bizantino oriental. En cuanto a la literatura, Jorge Pisidio, seguramente el mayor poeta profano de Bizancio, fue la única excepción. Además sus relatos versificados de las campañas de Heraclio constituyen, en esta época realmente rica en acontecimientos, la única obra histórica de importancia. La teología se estancó en la literatura polémica monofisita, desprovista de toda originalidad. Incluso los dos únicos teólogos de importancia, Juan Damasceno y Máximo el Confesor, realmente fueron tan sólo recopiladores y comentaristas de la gran literatura teológica del siglo v, si bien es cierto que Máximo desempeñó un importante papel en la historia de la mística bizantina.

El cisma monofisita había demostrado de nuevo, durante las ofensivas árabes y persas, su enorme fuerza política. También ahora las nuevas fórmulas de compromiso que intentaban imponer Heraclio y el patriarca Sergio provocaron la hostilidad en ambas partes. El monotelismo (doctrina de una voluntad humano-divina en dos naturalezas) ya había sido superado en el momento de su proclamación por un edicto imperial, la *Ekthesis* (638). Finalmente, el antiguo cisma secular, en el que habían fracasado emperadores, patriarcas y obispos, quedó resuelto por la política eclesiástica mediante la pérdida de las provincias

orientales. Los monofisitas establecieron iglesias heréticas en áreas de dominio extranjeras; en los territorios griegos y de Asia Menor su importancia fue escasa. En el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla (680-681) aún estaban representados los patriarcas de las regiones orientales; pero con la fórmula de las dos naturalezas unidas hipostáticamente en Cristo («dos voluntades y energías que actúan armónicamente entre ellas para la salvación del género humano»), para los monofisitas quedaba claro que Constantinopla había abandonado definitivamente la búsqueda de un entendimiento.

Para Bizancio, la vuelta a la fórmula modificada de Calcedonia significaba un éxito: desde el punto de vista religioso, ahora existía un área homogénea de la cristiandad ortodoxa. Junto con las reformas administrativas y político-sociales, la recuperación de la unidad eclesiástica contribuyó decisivamente a la consolidación interna. Pero también la cultura del siglo VII (y del VIII) tuvo un papel fructífero en el proceso de helenización. Bizancio consiguió dentro de sus nuevas fronteras la unidad interna que Justiniano no había logrado con su idea de la *renovatio imperii*. Se habían separado las provincias orientales, con su población escasamente helenizada, al igual que los territorios romanizados del nordeste de los Balcanes. En el exarcado italiano los refugiados del Norte de Africa y de Egipto aumentaron la población grecoparlante. Las zonas neurálgicas del Imperio eran Asia Menor y los territorios griegos (principalmente las provincias de Tracia y Macedonia, estrechamente unidas, desde el punto de vista administrativo, a Asia Menor), con su población predominantemente ortodoxa y grecoparlante. En las provincias orientales, la fuerza de asimilación de la cultura bizantina no resultó al final suficientemente fuerte. Sin embargo aquí pudo desarrollar toda su potencia y no sólo frente a las lenguas locales de Anatolia, sino también, y principalmente, frente a los nuevos colonos eslavos, muy numerosos, de los Balcanes meridionales y de Asia Menor. La religión fue el instrumento de asimilación: la lengua y el espíritu de la fe ortodoxa que adoptaron los eslavos eran griegos. No obstante, el Imperio bizantino se mantuvo en ciertos aspectos heterogéneo, desde el punto de vista étnico, y siguió siendo el baluarte de diferentes tradiciones culturales. Las corrientes subterráneas griegas siguieron vivas; aún subsistía en la cultura y la religión una tensión secreta que en el siglo VIII aumentó hasta llegar a la crisis de las luchas iconoclastas. Mas la fe común y la unidad eclesiástica influyeron en una helenización cada vez mayor, que abarcaba tanto a la literatura y al arte como a la conciencia política y espiritual de las clases dirigentes. Esta helenización del Im-

perio también encontró su expresión, por ejemplo, en el lenguaje administrativo y en los tratamientos estatales: a partir de Heraclio se utilizó el término griego *Basileus,* y no el *Imperator Augustus* latino para denominar al emperador.

La helenización del Imperio también tuvo un aspecto político. La nueva solidaridad religioso-cultural tuvo tanta importancia para la supervivencia y la renovación de Bizancio como la reforma del orden estatal o las poderosas fronteras naturales de Anatolia. El Imperio había perdido su posición de gran potencia mundial, pero en compensación alcanzó una identificación de conciencia cultural griega y confesión ortodoxa que por su íntima relación entre existencia política y religiosa se reveló precisamente como elemento decisivo de la capacidad de resistencia frente al Islam. No podía darse una clara definición étnica de los *rhomaios* frente a los *hellenes* (infieles y bárbaros) en un estado compuesto por diferentes pueblos. El elemento común radicaba en la fe en la Iglesia ortodoxa; herejía y traición eran la misma cosa.

La política de consolidación de la dinastía de Heraclio provocó una nueva crisis en el Estado. Dicha política había requerido el empleo de los poderes absolutistas del gobierno, suscitando con ello, aproximadamente a finales del siglo, una oposición política interior cada vez mayor contra el régimen autocrático, oposición que partía más de la nobleza latifundista que de las amplias masas de la población. La vuelta de Justiniano II de su destierro y su nuevo derrocamiento en el año 711 dieron lugar a seis años de guerras civiles y a rápidos cambios de emperadores. Se trataba de una conmoción grave, aunque temporal, en medio de la cual logró mantenerse el nuevo ordenamiento como base del papel histórico que desempeñaría Bizancio en los siglos futuros. Entre los factores de la crisis aparece ahora un nuevo elemento de inseguridad política que, como la resistencia de los latifundistas afectados por las repercusiones político-sociales de la institucionalización de los *themas,* anuncia la ulterior evolución social de Bizancio: el papel desempeñado por los *strategoi* de los *themas* y por sus tropas en la sucesión del trono. El mando sobre uno de los *themas* de Asia Menor se convirtió, como ocurría en la época de los emperadores-soldados con la jefatura de los grandes ejércitos en la Galia o en Siria, en un trampolín para la lucha por el poder, hecho que pronto provocó una reducción del tamaño de los *themas,* originariamente muy extensos. También el capacitado general León III, que en el año 717, en un momento de gran peligro político exterior, asumió el mando en su calidad de gobernador de un *thema,* fue un emperador-militar.

La crisis interior se había agudizado por las dificultades político-exteriores y los reveses militares. Una nueva fase de ataques árabes por mar y tierra llevó a un nuevo sitio de la capital; simultáneamente los búlgaros habían conseguido llegar hasta los arrabales de Constantinopla. El triunfo definitivo en el tercer sitio de Constantinopla hizo posible que Asia Menor siguiera siendo, durante casi 700 años más, ortodoxa y bizantina: un bastión contra el Islam.

En el siglo de la conquista islámica se configuró un nuevo mapa político en el que destacaron tres nuevas zonas de soberanía: Bizancio, el Califato y el reino de los francos. A comienzos del siglo VIII se acabaron lentamente las transformaciones en el plano político y territorial; poco a poco se podían distinguir con más claridad las fronteras definitivas y los campos de influencia política. El Islam había conseguido llevar a cabo su expansión en el mar Mediterráneo partiendo desde el sur, si bien había fracasado en su intento de penetrar en la Europa occidental. Bizancio había sido eliminado de la parte occidental del Mediterráneo y había sufrido ingentes pérdidas territoriales. A pesar de todo, siguió siendo, junto con los Omeyas, la segunda potencia de la época. A partir del año 718 se consiguió lentamente en el Próximo Oriente un equilibrio militar; al mismo tiempo pudo asegurarse definitivamente las afueras de la capital contra los búlgaros. Mas a esta estabilización política en el exterior siguió una nueva y profunda conmoción interna: las luchas iconoclastas.